LA MUERTE DE GUERNICA

PAUL PRESTON

Annotation

La destrucción de Guernica el 26 de abril de 1937 quedó grabada a fuego en la conciencia europea: fue la primera ciudad «abierta» prácticamente arrasada por completo durante un bombardeo. Fueron tres horas de bombas y ametrallamientos en vuelos rasantes, un atroz ataque, perpetrado en día de mercado, que más tarde fue objeto de un terrible campaña de manipulación. En *La muerte de Guernica*, el prestigioso historiador Paul Preston, el hispanista más importante de la actualidad, nos cuenta la historia de ese bombardeo, desde las tácticas de la Legión Cóndor y sus tratos con Franco hasta la obsesión de Mola y la impagable labor de periodistas como George Steer. Así, en el 75º aniversario del bombardeo, entenderemos mejor el fuego de las llamas y distinguiremos el humo de las mentiras.

- _
- _
- _
- _
- _
- _
- _
- _
- notes

PAUL PRESTON

LA MUERTE DE GUERNICA

El inicio de la guerra

El 19 de julio de 1936, poco después de declarar el Estado de Guerra, Emilio Mola convocó una reunión con los alcaldes de la provincia de Navarra. Lo que les dijo caracterizaría el trato que dispensó más tarde al País Vasco: «Hay que sembrar el terror... Hay que dar la sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros».[1] Lo que esto iba a suponer para los vascos quedó claro por un temprano antecedente de lo que habría de suceder en la primavera de 1937 en Durango y Guernica. El 22 de julio, un avión procedente de Vitoria bombardeó la plaza del pueblo de Otxandio, situado en el sur de Vizcaya, se cobró la vida de 48 personas, de las cuales 45 eran niños, e hirió gravemente a 113 más. Para justificarlo, el mando insurgente de Vizcaya anunció: «La aviación ha infligido un duro golpe a grupos de rebeldes que se hallaban concentrados a retaguardia de la villa de Ochandiano».[2]

Debido a sus primeros reveses en la sierra norte de Madrid, la gran campaña inicial de Mola contra el País Vasco no dio comienzo hasta que llegó la ayuda alemana e italiana a principios de agosto, lo cual le permitió lanzar un ataque contra Guipúzcoa y a Franco emprender la marcha sobre la capital. Ya el 23 de julio, las tropas carlistas provenientes de Navarra habían entrado en la zona meridional de Guipúzcoa a través de Cegama y Segura. Aunque no encontraron resistencia en estas dos poblaciones, saquearon las sedes de las formaciones republicanas y el *batzoki* del Partido Nacionalista Vasco. A principios de agosto, Mola inició una campaña para conquistar Irún y San Sebastián e incomunicar Guipúzcoa de la frontera francesa. Irún y Fuenterrabía estaban siendo hostigadas desde el mar y atacadas a diario por bombarderos alemanes e italianos. En sus crónicas, el corresponsal del *Times* de Londres, el sudafricano George Steer, señalaba que los rebeldes habían lanzado panfletos que amenazaban con tratar a la población igual que lo habían hecho con la de Badajoz. El uso de panfletos que describían atrocidades anteriores como advertencia de lo que ocurriría si la rendición no era inmediata se repetiría ocho meses después, cuando se utilizó la experiencia de Guernica como admonición contra Bilbao. San Sebastián también fue duramente bombardeada desde el mar. La milicia de Irún, falta de armamento y de formación, combatió con valentía pero fue derrotada el 3 de septiembre. Miles de refugiados huyeron, presa del pánico, a través del puente internacional que conducía a Francia. Los últimos defensores, en su mayoría anarquistas enfurecidos por la escasez de munición, fusilaron a algunos prisioneros de derechas en Fuenterrabía y prendieron fuego a algunas zonas de Irún.[3]

Las tropas rebeldes y carlistas ocuparon San Sebastián el domingo 13 de septiembre, y a finales de mes casi toda Guipúzcoa se encontraba en manos de Mola.[4] Buena parte de los 80.000 habitantes de la ciudad habían escapado a Vizcaya o habían huido a Francia en barco. No obstante, el número de ejecuciones en San Sebastián sería el más elevado que perpetraron los rebeldes en cualquier ciudad vasca. De inmediato se sucedieron las detenciones masivas, empezando por los republicanos heridos que, dada la gravedad de su estado, no habían podido ser evacuados del hospital militar. Al poco, las prisiones de Ondarreta y Zapatari, las oficinas de la Falange en el centro de la ciudad, el hospicio de San José y el cine Kursaal estaban abarrotados de detenidos.[5] Entre los centenares de ejecuciones que tuvieron lugar en Guipúzcoa, las más notables fueron las de trece sacerdotes vascos, que se efectuaron a instancias de los carlistas. En total, los rebeldes asesinaron al menos a dieciséis sacerdotes en toda la región vasca y encarcelaron y torturaron a muchos más. El padre Alberto Onaindía, cuyo hermano fue una de las víctimas, dijo proféticamente: «Si así se portaban los militares con el clero, ¡qué sería con la población civil!». El testimonio del padre Onaindía (amigo del *lehendakari* José María Aguirre) sería crucial para refutar las mentiras que difundirían más adelante los rebeldes sobre el bombardeo de Guernica.[6]

Incluso antes de la caída de San Sebastián, Mola había entablado negociaciones en secreto con el Partido Nacionalista Vasco. Mola esperaba una rendición pacífica de Vizcaya a cambio de la promesa de no destruir Bilbao y de garantizar que no habría represalias. En vista de lo ocurrido tras la toma de Irún y San Sebastián, la cúpula del PNV no tenía ningún motivo para creerse las promesas de Mola. Durante las negociaciones se le pidió que no bombardeara Bilbao, asegurando que ello motivaría represalias contra los 2.500 prisioneros de derechas retenidos en la ciudad.[7] El 25 y el 26 de septiembre, fuertes ataques aéreos causaron docenas de muertos y heridos entre las mujeres y los niños de la ciudad, lo cual, como se había pronosticado, desencadenó un estallido de ira entre la hambrienta población. Dos barcos prisión fueron atacados y sesenta detenidos de derechas, asesinados.

La hostilidad rebelde hacia Euskadi se intensificó tras la concesión de la autonomía regional por parte de Madrid el 1 de octubre y la formación de un gobierno vasco seis días después. José Antonio de Aguirre y Lecube, el presidente del ejecutivo vasco recientemente elegido, y su gabinete juraron el cargo en una ceremonia que tuvo lugar frente al árbol de Guernica. En su discurso, Aguirre declaró: «La tradición de nuestros ancianos volvía a renacer en nosotros, y el Árbol sagrado que en Guernica se alza, dejaba de ser reliquia, para volver a ser el símbolo vivo de nuestra historia».[8]

Los ataques esporádicos sobre Bilbao continuaron, pero nada había preparado a la ciudad para la envergadura del que tuvo lugar el 4 de enero, a raíz del cual se produjo una incursión todavía más feroz en las cuatro prisiones de la ciudad. Un total de 224 derechistas fueron asesinados, entre ellos varios sacerdotes. En su mayoría eran carlistas, pero había también algunos nacionalistas vascos.[9] Mientras el asedio a la capital fue la máxima preocupación de los rebeldes, hasta finales de marzo de 1937, el frente vasco permaneció inmóvil. Sin embargo, la victoria republicana en Guadalajara por fin disuadió a Franco de que podría ganar la guerra en Madrid y le impuso un trascendental cambio de estrategia. La lección que podía extraerse comparando la sencilla victoria en Málaga con el inmenso coste de las batallas del Jarama y de Guadalajara estaba clara. La República estaba concentrando sus tropas mejor entrenadas y pertrechadas en el centro de España y había descuidado relativamente otros frentes. Contra el Ejército Republicano del Centro, los rebeldes solo lograban pequeñas victorias a expensas de un enorme derramamiento de sangre, mientras que ante las milicias de la periferia podían cosechar triunfos notables con bastante facilidad. Si se desistía de la obsesiva concentración en Madrid, se podría destruir a la República por fases en otros lugares. Esta era la visión del coronel Juan Vigón, jefe del Estado Mayor de Mola, quien solicitó que se diese prioridad a las operaciones del norte para que la causa rebelde se viese fortalecida con la captura de las reservas de carbón, hierro y acero, y la toma de las fábricas de armamento de las provincias vascas.[10]

Al principio, Franco seguía obsesionado con Madrid. El general Hugo Sperrle, comandante de la Legión Cóndor, planteó argumentos similares con mayor insistencia, pero fue necesario que llegara la noticia de la derrota en Guadalajara el 20 de marzo de 1937 para que Franco cambiara de opinión, sucumbiera a la presión de Sperrle y Vigón, y aceptara que la derrota de la República no debía buscarse a las afueras de Madrid. Sperrle lo convenció de que la resistencia en el norte sería leve con promesas sobre el probable impacto que tendrían los ataques combinados por tierra y aire de la Legión Cóndor. El 22 de marzo, el Generalísimo presentó al general Kindelán, jefe de las fuerzas aéreas rebeldes, un esbozo de sus planes inmediatos, que consistían en reunir un enorme contingente para atacar y conquistar Bilbao. El día 23, citó a Mola en Salamanca y le dio órdenes específicas para el ataque a la ciudad, que se inspiraban en las sugerencias de Vigón y Sperrle.[11]

Los detalles de la operación se ultimaron en unas reuniones celebradas el 24 y el 26 de marzo, en las que participaron el general Alfredo Kindelán y sus homólogos José Solchaga y José López Pinto en calidad de mandos operacionales, Vigón como jefe del Estado Mayor de Mola, y el coronel Wolfram von Richthofen, jefe del Estado Mayor de la Legión Cóndor. Richthofen explicó a sus compañeros españoles la nueva estrategia de «apoyo aéreo directo», que utilizaría aviones en un ataque terrestre continuo a fin de abatir la moral de las tropas enemigas. Por consiguiente, en dichas reuniones se realizaron los preparativos para un enlace constante y rápido entre los cuarteles generales de las fuerzas terrestres españolas y la Legión Cóndor. Dos horas antes de cualquier ataque, los comandantes de las fuerzas aéreas debían informar a los cuarteles generales de tierra para que imperara la necesaria coordinación. También se acordó que las incursiones se llevarían a cabo «sin tener en cuenta a la población civil».[12]

La campaña del norte

Mola formó un gran ejército que consistía en unidades africanas, requetés —ahora plenamente militarizados como las Brigadas de Navarra— y brigadas mixtas hispano-italianas. Dicho ejército contaba con el apoyo aéreo de la pequeña pero muy poderosa y técnicamente avanzada Legión Cóndor, y de la Aviazione Legionaria italiana, al mando de Von Richthofen.[13] Después de Guadalajara, los alemanes ansiaban demostrar su superioridad respecto de los italianos y por practicar y desarrollar sus técnicas de ataque terrestre desde el aire. En este contexto, las relaciones entre Mola y Sperrle y entre sus jefes de Estado Mayor, Vigón y Von Richthofen, eran constantes y estrechas, aunque no necesariamente cordiales. En teoría, la Legión Cóndor se encontraba bajo la responsabilidad directa de Franco. Sperrle respetaba esa jerarquía escrupulosamente y, a consecuencia de ello, mantenía unas relaciones normalmente buenas con Franco.[14]

No obstante, a la hora de la verdad, la necesidad de integrar constantemente operaciones aéreas y terrestres hacía que el enlace con Salamanca fuese impracticable. Así pues, Franco, satisfecho con las deferencias de Sperrle, le dio carta blanca para comunicarse directamente con Mola y Vigón, salvo en asuntos de importancia. Franco estaba encantado de poder considerar la magnífica Legión Cóndor como parte de sus fuerzas y atribuirse sin gran esfuerzo el mérito de sus logros. Sobre el terreno, Mola y Vigón también aceptaron encantados la ayuda y los consejos de Sperrle y Richthofen. La consecuencia fue que, con la aquiescencia consciente de Franco, los alemanes tuvieron una voz decisiva en la campaña. Sperrle escribía en 1939: «Todas las propuestas realizadas por la Legión Cóndor sobre cómo proceder con la guerra fueron aceptadas y seguidas con agradecimiento». Mientras se planeaba el avance, escribió Von Richthofen en su diario el 24 de marzo, «prácticamente estamos al mando de todo sin ninguna responsabilidad», y el 28 de marzo anotó: «Soy un comandante omnipotente y efectivo [*Feldherr*]... y he creado un mando tierra-aire eficaz».[15]

El 31 de marzo, Mola llegaba a Vitoria para dar los últimos retoques a la ofensiva que había de lanzarse al día siguiente. Empezó desplegando el arma de terror masivo que le había resultado tan eficaz a Franco en el avance de las columnas africanas sobre Madrid. Emitió una proclama que fue retransmitida por radio e impresa en un panfleto arrojado sobre las principales ciudades. Dicha proclama contenía la siguiente amenaza: «Si vuestra sumisión no es inmediata arrasaré Vizcaya, empezando por las industrias de guerra. Tengo medios sobrados para ello».[16] En un espíritu similar, ordenó la ejecución de dieciséis prisioneros en Vitoria con el propósito de aplastar la moral enemiga. El hecho de que entre ellos hubiese varias figuras populares, incluido el alcalde, Teodoro González de Zárate, suscitó las protestas de la derecha local.[17] Este acto de violencia gratuita vino seguido de un gran bombardeo de la artillería y de las fuerzas aéreas en el este de Vizcaya, en el cual fue destruida la pequeña y pintoresca población de Durango. Ciento veintisiete civiles fallecieron durante el bombardeo y al menos otros 131 perecieron poco después a consecuencia de las heridas. Entre los muertos había catorce monjas y dos sacerdotes. Como ocurriría más tarde con el célebre bombardeo de Guernica, Salamanca negó que el ataque a Durango se hubiese producido y atribuyó los daños a los propios vascos.[18]

El progreso durante los tres primeros días fue tan lento que Sperrle envió un parte a Kindelán en el cual protestaba: «Si las tropas no avanzan más rápido, no entraremos en Bilbao». Sperrle creía que Franco había retenido demasiada artillería e infantería en el frente de Madrid.[19] El 2 de abril, Sperrle y Richthofen trasladaron sus quejas a Mola. Este, embargado de la misma ansiedad por acelerar las cosas, propuso destruir las industrias de Bilbao. Cuando el comandante alemán preguntó qué sentido tenía arrasar unas industrias que tenían la esperanza de poder conquistar poco después, Mola repuso: «España está totalmente dominada por los centros industriales de Bilbao y Barcelona. Con tal dominio, España nunca podrá limpiarse. Tiene demasiadas industrias que solo generan descontento», y añadió: «Si la mitad de las fábricas de España fuesen destruidas por bombarderos alemanes, la posterior reconstrucción del país sería mucho más fácil». En repuesta a la idea de que la salud de España requería la supresión del proletariado industrial, Sperrle señaló que las fuerzas aéreas alemanas destacadas en España solo atacarían las fábricas cuando Franco dictase órdenes específicas en ese sentido. Según Richthofen, Mola le pidió a Vigón que diera la orden. Richthofen dijo que debía proceder de una autoridad más elevada. Entonces, Mola firmó él mismo las órdenes de ataque contra los objetivos industriales vascos. Richthofen aceptó bombardear la fábrica de explosivos de Galdácano el «siguiente día libre». No obstante, Sperrle y Richthofen informaron a Franco y esperaron su permiso para cumplir las instrucciones de Mola. Sperrle se ofreció a poner un avión a disposición de Franco para que viajara a Vitoria y comentaran la situación.[20]

Al esperar que todo el norte de España cayera en menos de tres semanas, Franco y Mola habían subestimado la determinación de los vascos. Ambos se sentían desconcertados por la lentitud de la primera fase de su avance hacia Bilbao y sus fortificaciones, conocidas como «el anillo de hierro» y todavía inconclusas. El 8 de abril, las fuerzas rebeldes habían finalizado solo el primer estadio de la ofensiva que

habían planeado. Tras unos intensos bombardeos el 4 de abril, ocuparon el pueblo de Ochandiano, donde los vascos habían instalado temporalmente su cuartel general de campo, y las montañas situadas al norte, cosa que pretendían hacer el primer día. Unas colinas empinadas y boscosas, unas carreteras en mal estado, una intensa lluvia y la densa niebla habían demorado el avance de las tropas del general Solchaga. Franco visitó el frente, aparentemente para ser testigo del triunfo, pero en realidad deseaba resolver las diferencias entre Mola y Sperrle.[21] Mientras estaba en el norte, Mola anunció que sería necesario «destruir sistemáticamente las industrias de la guerra en la provincia de Vizcaya. Con este propósito, el 9 de abril iniciaremos la destrucción absoluta de la central eléctrica de Burceña, las acererías Euskalduna y la fábrica de explosivos de Galdácano». Por lo visto, Franco había dado permiso para la ejecución parcial de la orden firmada por Mola el 2 de abril.[22] La tenaz resistencia vasca seguía pasando una elevada factura a las fuerzas atacantes, pero el terror causado por la artillería y los bombardeos aéreos, así como las divisiones políticas que imperaban en las filas republicanas, garantizaron el desmoronamiento paulatino del frente.[23]

En los primeros días de la ofensiva vasca, la noche del 4 de abril, Franco recibió al embajador italiano, Roberto Cantalupo, y le expuso con sorprendente candor la filosofía de su campaña bélica: «Embajador, Franco no libra la guerra contra España. Simplemente está fraguando la liberación del país... No debo exterminar a un enemigo ni destruir ciudades, campos, industrias o producciones. Por eso no puedo apresurarme».[24] Franco no albergaba ninguna duda de que la «liberación» de su «España» significaba, como demostraban sus acciones, la concienzuda represión de todos los elementos liberales e izquierdistas. No obstante, a tenor de sus comentarios, cuestionaba la idoneidad de la maníaca determinación de Mola de aniquilar la industria vasca acerca de la cual le había consultado Sperrle. Las diferencias entre Franco y Mola sobre los objetivos de la campaña del norte no denotan ninguna preocupación humanitaria por parte del Generalísimo. Para Franco, «España» tenía un sentido totalmente partidista. Era reacio a dañar los intereses materiales de su «España», y eso incluía a la base industrial, las fábricas de armamento y la riqueza mineral del País Vasco.[25] Franco explicó a Cantalupo la destrucción de Durango perpetrada cuatro días antes por los aviones de la Legión Cóndor siguiendo órdenes suyas: «Algunos pueden pensar que cuando mis aviones bombardean ciudades rojas estoy librando una guerra como cualquier otra, pero no es así. Mis generales y yo somos españoles y sufrimos cumpliendo el deber que la patria nos ha asignado, pero debemos continuar».[26]

Sin embargo, Franco estaba perplejo por el progreso de la campaña en el norte. Sperrle y Richthofen también se sentían frustrados por la lentitud del avance. Desde el comienzo de la campaña, Richthofen había experimentado con los bombardeos destinados a aterrorizar y desmoralizar a la población civil y a arrasar las comunicaciones viarias a su paso por los municipios. Esta táctica había empezado con la destrucción de Durango el 31 de marzo y vino seguida del ataque a Ochandiano. Al decirle a Cantalupo que con el bombardeo de ciudades republicanas él y sus generales tan solo estaban cumpliendo su deber patriótico, Franco reconocía que aprobaba dichas incursiones para atemorizar a la población. Hasta qué punto entendía Franco la teoría militar que había detrás de la estrategia alemana es otra cuestión. El 12 de abril, Franco desconcertó a Sperrle al pedirle que le enviara todos los aviones que no estaba utilizando en el norte para destinarlos a Madrid. Sperrle, que cumplía órdenes de Berlín de no dividir a sus fuerzas, se ofreció a abandonar la campaña vasca y transferir toda la Legión Cóndor al centro de España. Hasta que el coronel Hans von Funck, el agregado militar alemán en Salamanca, le explicó laboriosamente el pensamiento estratégico que subyacía a la operación alemana, Franco no declinó la oferta y ordenó a Sperrle que permaneciera en el norte.[27] El episodio no solo revela las limitaciones de la visión estratégica del Generalísimo, sino también que Sperrle todavía le respondía directamente a él.

El bombardeo y sus responsables

El 20 de abril, los rebeldes emprendieron la segunda fase de su ofensiva, y el apoyo aéreo alemán habría de desempeñar un papel todavía más crucial. Sperrle, Richthofen, Mola y Vigón se sentían lo bastante frustrados por la lentitud del avance como para volver a hablar de reducir Bilbao a «escombros y cenizas».[28] Al final, el gran golpe a la moral republicana no caería sobre la capital vasca, sino sobre un objetivo más pequeño y manejable pero igual de significativo. El 24 de abril, tras un despiadado bombardeo aéreo y de la artillería, las fuerzas vascas empezaron a retirarse con cierto desorden.[29] El 25 de abril —y, de hecho, durante toda la campaña—, Richthofen y Vigón se mantuvieron en contacto telefónico constante para coordinar la aviación, la artillería y la infantería. Coincidieron en la necesidad de intentar embotellar a los vascos en retirada alrededor de Guernica y Marquina. La noche del 25 de abril, Richthofen telefoneó de nuevo a Vigón y decidieron citarse a las siete de la mañana siguiente. En su diario anotó: «Unidades preparadas para mañana».[30] La noche del 25 de abril, supuestamente siguiendo las instrucciones de Mola, la radio rebelde de Salamanca retransmitió la siguiente advertencia al pueblo vasco: «Franco está a punto de asestar un poderoso golpe contra el cual toda resistencia será inútil. ¡Vascos, rendíos ahora y salvaréis la vida!».[31]

Richthofen y Vigón hablaron de nuevo a las seis de la mañana del lunes 26 de abril y se reunieron, como estaba previsto, a las siete. Después de consultar directamente con Vigón, Richthofen organizó una serie de bombardeos destinados a obstaculizar el repliegue de las fuerzas vascas. Al parecer, había decidido combinar el objetivo táctico de bloquear la retirada al sur de Guernica y cerca de Marquina con el devastador golpe al que hacía referencia la retransmisión de Mola. Richthofen escribió en su diario acerca de un ataque implacable contra las carreteras, el puente y el extrarradio de Guernica. «Hay que concluir las cosas allí. Es necesario garantizar por fin un triunfo personal y material sobre el enemigo.»[32] Desde el 18 de julio de 1936, Franco había vertido suficientes comentarios sobre la idea de que la Guerra Civil se ganaría por la moral de los combatientes como para que plantease escasas objeciones. Si desaprobaba lo ocurrido en Durango, Ochandiano y otras aldeas, disponía de mucho tiempo para poner freno al programa de Richthofen. En realidad, sus comentarios a Cantalupo dejan claro que avalaba e incluso se enorgullecía de lo que estaba sucediendo.

Entre las 16.40 y las 19.45 del 26 de abril, que era día de mercado en la pequeña población de Guernica, se asestó un golpe que se ajustaba a la amenaza de Mola. Entre la población autóctona, los refugiados y los campesinos que acudían al mercado, había al menos 10.000 personas en Guernica aquel día. Las autoridades militares habían tratado de suspender el mercado, pero muchos campesinos de aldeas colindantes habían llegado como de costumbre. La ciudad carecía de defensas antiaéreas y fue aniquilada en tres horas de bombardeos constantes perpetrados por la Legión Cóndor y la Aviazione Legionaria italiana, ambas al mando de Richthofen. La ofensiva fue llevada a cabo por veintitrés Junkers Ju 52, cuatro Heinkel He 111 nuevos, diez Heinkel He 51, tres Savoia-Marchetti S.81 Pipistrello y un Dornier Do 17, escoltados por doce Fiat C.R.32 y posiblemente seis de los primeros Messerschmitt Bf 109 que se fabricaron.[33] La escala de la operación indica que difícilmente pudo ser organizada por los alemanes a espaldas del Estado Mayor español, con el cual, en todo caso, mantenían un contacto permanente. Los aterrorizados civiles que huyeron a los campos circundantes fueron acribillados por las ametralladoras de los Heinkel He 51. El número de víctimas nunca se sabrá a ciencia cierta debido al caos y al hecho de que los rebeldes conquistaron la ciudad antes de que se retiraran los escombros. El gobierno vasco calculó que fallecieron 1.645 personas y que otras 889 resultaron heridas en el bombardeo. Sin embargo, investigaciones posteriores han reducido significativamente esa cifra. El grupo Gernikazarra Historia Taldea, que lleva tiempo investigando los registros civiles y eclesiásticos, ha identificado hasta la fecha a 154 de las víctimas mortales y estima que el total rondaría las 200, es decir, bastantes menos de las trescientas que perecieron en el bombardeo de Durango. El cálculo se hizo a partir de un bando del Ayuntamiento de Gernika-Lumo para que todos aquellos familiares de muertos, heridos o desaparecidos les hiciesen llegar su testimonio. También, a través de la prensa lo hicieron llegar al gran público, sobre todo a las zonas de Guipúzcoa de donde vinieron refugiados. Los testimonios recibidos están en fase de comprobación. En cuanto a la posible cifra global, parece que en junio de 1937, el primer ayuntamiento franquista elaboró una lista con alrededor de 190 personas fallecidas. Una cifra de alrededor de 200 muertos, es la que más comúnmente han manifestado aquellas personas que investigaron hace mas de 30-40 años el bombardeo, como el arquitecto municipal y testigo Castor de Uriarte, o los propios franquistas como el Alcalde Unceta.[34]

No obstante, del relato del padre Alberto Onaindía, un testigo ocular, se desprende el horror que sufrieron quienes se hallaban en Guernica:

Era lunes y día de mercado. Pasábamos cerca de la estación cuando oímos una explosión de bomba, a la

que siguieron inmediatamente otras dos. Un avión que volaba muy bajo lanzó su carga y se alejó en unos instantes. Era la primera experiencia de guerra de Guernica. El pánico de los primeros momentos conmovió a la población y a los aldeanos llegados al mercado semanal. Notamos un excitado alboroto. Bajamos del coche y procuramos indagar lo sucedido y calmar a muchas mujeres que se mostraban nerviosas y excitadas. Minutos más tarde cayeron nuevas bombas en las proximidades del convento de las Madres Mercedarias, y la gente comenzó a abandonar las calles y a esconderse en abrigos, en sótanos y bajo cubierto. Muy pronto asomaron como viniendo del mar unos ocho aparatos pesados que lanzaron numerosas bombas, y tras ellos se siguió una verdadera lluvia de bombas incendiarias. Durante más de tres horas se sucedieron oleadas de bombarderos, de aviones con bombas incendiarias y de aparatos sueltos que bajaban a unos 200 metros de altura para ametrallar a las pobres gentes que huían despavoridas. Yo no conocía la marca de los aviones, porque no entiendo nada de estas peculiaridades. Durante mucho tiempo estuvimos en la salida de la Villa hacia Munitibar y Marquina. El estallido de las bombas, los incendios que comenzaron a producirse y la persecución de los aparatos de ametrallamiento nos obligaron a cobijarnos bajo los árboles, en soportales de casas, en pleno campo echándonos a tierra cuando veíamos acercarse algún avión. No había ningún antiaéreo, ninguna defensa, éramos presa cercada y acorralada por unas fuerzas diabólicas que perseguían a miles de indefensos habitantes. Por las calles andaban sueltas las bestias del mercado, burros, cerdos, gallinas. En medio de aquella conflagración, veíamos a gente que huía gritando, rezando o gesticulando contra los asaltantes. Nos alejamos por fin de la Villa que ardía, pero viendo llegar varios aviones que pasarían sobre nosotros, abandonamos el coche y corrimos a escondernos bajo los árboles. Allí pasaba un riachuelo con su puentecillo de losas, y nos protegimos bajo el mismo, mientras a pocos metros estallaban tres bombas levantando una polvareda que nos cegaba. Alguien dejó la carretera y subió unos metros en la arboleda. Cuando se hizo la calma, descubrimos a una mujer muerta, ametrallada, y a un joven gudari que había sido víctima de la expansión de la bomba. No tenía herida alguna, pero de boca y nariz manaba gran cantidad de sangre. A ambos les di la absolución. Nos dijeron que el gudari se llamaba Gotzon. Todas las cunetas y zanjas estaban llenas de gente que quería esconderse o protegerse contra el ataque a mansalva de la aviación enemiga. La Providencia nos libró aquel día. Muchas ramitas de árboles y abundante tierra cayó sobre nuestras cabezas cada vez que explotaban bombas en nuestro derredor. A las ocho menos cuarto de aquel radiante atardecer de abril cesó la sistemática destrucción de nuestra Villa Santa. Habían sido aviones alemanes que fueron enviados sobre Guernica para hacer un ensayo de guerra totalitaria. Era el primer ejemplo de este género de lucha: primero unas bombas para alarmar a la población, luego oleadas de bombarderos con explosivos seguidos de bombas incendiarias y, por último, aviones ligeros que ametrallaban a los desgraciados que pretendían huir para salvar su vida. Otras experiencias de bombardeos he tenido más tarde en Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial. Pero nunca me sentí tan desamparado y tan víctima indefensa como aquel 26 de abril de 1937.

Guernica ardía. No veíamos mucho fuego durante las dos primeras horas porque era de día y el humo ocultaba las hogueras. Pero cuando quisimos penetrar en la villa, no podíamos dar muchos pasos sin sentirnos ahogados por el humo y las llamaradas que comenzaron a consumir las viviendas todas. Inmenso gentío se congregó en las afueras del conglomerado de casas. Unos lloraban, otros rezaban, no pocos miraban el espectáculo como petrificados de horror y de espanto.[35]

El día después del bombardeo, el padre Onaindía escribió una apasionada carta al cardenal Gomá: «Llego de Bilbao con el alma destrozada después de haber presenciado personalmente el horrendo crimen que se ha perpetrado contra la pacífica villa de Guernica, símbolo de las tradiciones seculares del pueblo vasco». Hablaba al cardenal de «tres horas de espanto y de escenas dantescas. Niños y madres hundidos en las cunetas, madres que rezaban en alta voz, un pueblo creyente asesinado por criminales que no sienten el menor alarde de humanidad. Señor cardenal, por dignidad, por honor al Evangelio, por las entrañas de misericordia de Cristo no se puede cometer semejante crimen horrendo, inaudito, apocalíptico, dantesco». Tras describir escenas de enfermos quemados vivos y de heridos enterrados en montones de ceniza, el canónigo Onaindía apeló a Gomá para que intercediera, recordándole la ley internacional y «una ley eterna, la de Dios, que impide matar, asesinar al inocente. Todo eso se pisoteó el lunes en Guernica. ¿Quién será el cruel personaje que en frío y en el gabinete de estudio ha planeado ese crimen espantoso de incendiar y matar a toda una población pacífica?».

Al final de la carta, Onaindía rogaba a Gomá que hiciera algo para impedir que se ejecutaran las amenazas retransmitidas por la radio rebeldeista, según las cuales Bilbao sería la próxima. La desdeñosa respuesta de Gomá fue una escalofriante afirmación del apoyo oficial de la Iglesia a la guerra de aniquilación de Franco: «Lamento como el que más lo que ocurre en Vizcaya. Hace meses sufro por ello, Dios es testigo. Especialmente lamento la destrucción de sus villas, donde tuvieron su asiento en otros tiempos la fe y el patriotismo más puros. Pero no se necesitaba ser profeta para predecir lo que ocurre». En una airada referencia a la lealtad vasca al gobierno de Madrid, Gomá sentenció: «Los pueblos pagan sus pactos con el mal y su protervia en mantenerlos». Luego secundó con indiferencia las amenazas de Mola: «Me permito responder a su angustiosa carta con un simple consejo: que se rinda Bilbao, que hoy no tiene más solución. Puede hacerlo con honor, como pudo hacerlo hace dos meses. Cualquiera que sea el bando autor de la destrucción de Guernica, es un terrible aviso para la gran ciudad».[36] Onaindía fue soezmente insultado por el general Queipo

de Llano en sus emisiones radiofónicas nocturnas. La prensa franquista montó una campaña de desprestigio contra Onaindía, denunciándole como «mujeriego», «comunista», «sacerdote suspenso» y «cómplice de la muerte de un arzobispo».[37]

Mola y Vigón eran plenamente conscientes que Guernica era la antigua capital del País Vasco y atesoraba una profunda importancia simbólica para su pueblo. Por el contrario, a Richthofen no le preocupaban tanto los símbolos políticos como la diseminación del terror y el caos en la retaguardia republicana. El 27 y el 30 de abril, manifestó su disgusto con las fuerzas de Mola por no haber avanzado ni aprovechado la oportunidad que le habían brindado sus aviadores: «La ciudad estuvo completamente bloqueada durante al menos veinticuatro horas. Eran las condiciones idóneas para un gran triunfo si hubieran irrumpido las tropas. Al final resultó solo un éxito técnico absoluto de nuestros 250 kg [explosivos] y de las bombas EC.B.1 [incendiarias]». Los incendios consecuencia del ataque no fueron, por tanto, un efecto secundario. El peso de las bombas que cayeron sobre Guernica equivalía a la mitad del tonelaje que lanzó toda la Legión Cóndor en el crucial primer día de campaña, cuando era preciso dar un gran paso adelante. Asimismo, Richthofen eligió personalmente la inusual carga de bombas de metralla e incendiarias, acorde con su idea de que, si bien los cráteres provocados en las carreteras podían cubrirse, la destrucción masiva de edificios era un obstáculo mayor para las tropas que se batían en retirada.[38]

La ocupación de Guernica el 29 de abril por parte de los Regulares Indígenas, unidades italianas y la IV Brigada de Navarra causó más daños a la población y a los edificios supervivientes. Como era habitual cuando un territorio caía en manos rebeldes, hubo ejecuciones y casos de abusos a mujeres. Los Regulares Indígenas, al mando del teniente coronel Esparza, sembraron el terror entre la población, de signo profundamente católico, y acamparon en la iglesia de Santa María. Las lugareñas, esposas e hijas de nacionalistas vascos, fueron obligadas a limpiar lo que dejaron. Años después, recordaban con amargura que fueron «castigadas a limpiar cacas de moros a Guernica» y que se horrorizaron al comprobar que los altares habían sido profanados con orina y materia fecal. La iglesia tuvo que ser consagrada de nuevo. Las tropas italianas se comportaron de manera menos ofensiva, pero aun así pintaron eslóganes que elogiaban a Mussolini en edificios situados a la entrada de la ciudad. El teniente coronel Emilio Gómez del Villar, comandante de las Brigadas de Navarra, escribió una carta a un alto mando el 11 de mayo de 1937 en la que se quejaba de los daños sufridos por Guernica a causa de las bombas y del posterior saqueo.[39]

El telegrama de Steer

Guernica, la primera ciudad «abierta» que fue destruida prácticamente por completo durante un bombardeo, quedó grabada a fuego en la conciencia europea como el gran crimen de Franco, más que el asesinato de Lorca o la matanza de Badajoz. El grado de indignación de los opositores del fascismo se vio acentuado por los esfuerzos de los rebeldes franquistas por negar cualquier responsabilidad. Sin embargo, la ira generalizada y duradera por Guernica quizá no habría perjudicado tanto como lo hizo a la causa del Generalísimo de no ser por la llegada del elocuente sacerdote vasco Alberto Onaindía durante el bombardeo y por la presencia fortuita de cuatro periodistas en los aledaños, tres de ellos pertenecientes a periódicos británicos —el australiano Noel Monks, de *The Daily Express*, el escocés Christopher Holme, de Reuters, y el sudafricano George Steer, de *The Times*— y el belga Mathieu Corman, del rotativo parisino *Ce Soir*. Fueron los esfuerzos de los propagandistas de Franco por negar la destrucción de la ciudad, constatada por estos y muchos otros testigos, los que convirtieron Guernica en un desastre propagandístico para Franco.

George Steer fue uno de esos primeros cuatro periodistas que llegaron a la escena. Anteriormente había sido expulsado de la zona rebelde porque Luis Bolín, jefe del servicio de prensa extranjera franquista, lo consideraba «una persona peligrosa en vista de su historial en Abisinia... y de sus artículos sobre España». Bolín había sido el corresponsal en Londres del diario monárquico *ABC*, y ayudó a organizar el vuelo del *Dragon Rapide* que llevó a Franco desde las Islas Canarias hasta Marruecos para liderar el golpe de Estado. El libro *Caesar in Abyssinia* de Steer acababa de ser publicado, lo cual disgustó sobremanera a las autoridades militares italianas, y, debido al alcance de sus quejas, Bolín ordenó que Steer fuese expulsado de la zona rebelde a finales de 1936, motivo por el cual acabó cubriendo la campaña vasca desde el lado republicano.[40] Regresó a España, y más concretamente a Bilbao, a principios de enero de 1937. Conoció a los vascos y pronto se convertiría en un admirador de estos en general y de su presidente, José Antonio de Aguirre, en particular.[41] Sus artículos desempeñaron un influyente papel a la hora de convencer al gobierno británico de que rompiera el bloqueo franquista sobre una hambrienta Bilbao una semana antes del bombardeo de Guernica.

El 26 de abril de 1937, Steer, Holme, Monks y Corman pasaron quince minutos en un cráter de bomba en Arbacegui-Gerrikaiz, al oeste de Guernica, mientras eran acribillados por las ametralladoras de seis Heinkel He 51. Aquella misma noche, estaban cenando en el hotel Torrontegui de Bilbao cuando un consternado alto cargo vasco llegó con la noticia de que Guernica estaba en llamas. Abandonaron la mesa y se dirigieron inmediatamente en coche a la ciudad, que seguía ardiendo cuando llegaron a las once de la noche. Al igual que Monks y Holme, Steer había sido testigo de los horrores en Abisinia y España, pero nada los había preparado para la desolación de Guernica. La comitiva observaba con impotencia mientras los llorosos gudaris trataban de desenterrar frenéticamente los cadáveres de las ruinas. Steer permaneció entre los escombros carbonizados y todavía humeantes hasta primera hora de la mañana del día 27 y entrevistó a los supervivientes, «la fuente de todo lo que he escrito», dijo. Luego cogió tres tubos plateados de material incendiario alemán y volvió a Bilbao, donde consultó la historia con la almohada. A la mañana siguiente, habló con muchos de los refugiados que habían llegado a la capital y después recorrió los veinticinco kilómetros que había hasta Guernica para ver los daños a la luz del día.[42]

El 27 de abril aparecieron artículos de Holme en *The Glasgow Herald* y *The Manchester Guardian*. El parte de Steer era mucho más completo, lo cual reflejaba su segunda visita a Guernica. Su extenso artículo se publicó el 28 de abril en *The Times* y fue reproducido por *The New York Times*. El texto causó una considerable inquietud a Geoffrey Dawson, director de *The Times*. No obstante, con su tono comedido y poco sensacionalista, fue una de las crónicas más importantes publicadas por un periodista durante la Guerra Civil. Más que cualquier otro comentarista de la época, Steer logró incorporar en su narración un vívido retrato de la magnitud de la atrocidad. El artículo provocó una tormenta de preocupación en todo el mundo. El texto completo dice lo siguiente:

LA TRAGEDIA DE GUERNICA
CIUDAD DESTRUIDA EN UN ATAQUE AÉREO
RELATO DE UN TESTIGO

De nuestro enviado especial. BILBAO, 27 de abril

Guernica, la ciudad más antigua de los vascos y centro de su tradición cultural, fue destruida por completo ayer por la tarde en un ataque aéreo de la insurgencia. El bombardeo de esta ciudad abierta situada muy por detrás de las líneas duró exactamente tres horas y cuarto, durante las cuales una poderosa flota de

aviones que consistía en tres modelos alemanes, bombarderos Junkers y Heinkel, no cesó de arrojar sobre la ciudad unos artefactos que pesaban un máximo de 450 kilos y se calcula que más de 3.000 proyectiles incendiarios de aluminio con un peso de un kilo cada uno. Los cazas, entretanto, descendían sobre el centro de la ciudad para acribillar con sus ametralladoras a la población civil que se había refugiado en el campo.

Pronto, toda la ciudad de Guernica estaba en llamas, excepto la histórica Casa de Juntas, con sus abundantes archivos sobre la raza vasca, que albergó en su día el Parlamento vasco. El famoso roble de Guernica, el viejo tocón seco con 600 años de antigüedad, y los nuevos brotes de este siglo también salieron indemnes. Aquí, los reyes de España solían realizar el juramento de respetar los derechos democráticos (fueros) de Vizcaya, y a cambio recibían una promesa de lealtad como soberanos con el título democrático de señor, que no rey, de Vizcaya. La noble iglesia parroquial de Santa María tampoco sufrió desperfectos, salvo por la hermosa sala capitular, que fue alcanzada por una bomba incendiaria.

A las dos de la madrugada de hoy, cuando he visitado la ciudad, toda ella ofrecía una panorámica horrenda, ardiendo de un extremo a otro. El reflejo de las llamas se divisaba en las nubes de humo que coronaban las montañas a veinte kilómetros de distancia. Durante toda la noche se han derrumbado casas, hasta que las calles han quedado reducidas a extensos montones de escombros impenetrables. Muchos supervivientes civiles han recorrido la larga distancia que separa Guernica de Bilbao en antiguos carromatos de ruedas macizas tirados por bueyes. Sobre ellos se amontonaban todas las pertenencias domésticas que han podido salvar de la conflagración, y han atestado las carreteras toda la noche. Otros supervivientes han sido evacuados en camiones del gobierno, pero muchos se han visto obligados a permanecer en los alrededores del pueblo, tumbados en colchones o buscando a parientes y niños, mientras varias unidades de bomberos y la policía motorizada vasca, dirigida personalmente por el señor Monzón, el ministro del Interior, y su esposa, continuaban con las labores de rescate hasta el amanecer.

Alarma desde el campanario

Por cómo fue ejecutado, además de la escala de la destrucción que causó y la selección de su objetivo, el ataque a Guernica no tiene parangón en la historia militar. Guernica no era un objetivo militar. A las afueras de la ciudad hay una fábrica que produce material de guerra, pero quedó intacta, al igual que dos barracones situados a cierta distancia del municipio, que se encuentra muy por detrás de las líneas. Al parecer, el objetivo del bombardeo era la desmoralización de la población civil y la destrucción de la cuna de la raza vasca. Todos los datos confirman esta apreciación, empezando por el día en que se cometieron los hechos. El lunes era el día habitual de mercado en Guernica para toda la zona rural circundante. A las 16.30, cuando el mercado estaba lleno y seguían llegando campesinos, la campana de la iglesia anunció la presencia de aviones en las cercanías, y la población buscó cobijo en sótanos y refugios preparados tras el bombardeo de Durango el 31 de marzo, que inauguró la ofensiva del general Mola en el norte. Cuentan que el ánimo de la población era bueno.

Un sacerdote católico tomó las riendas y se mantuvo un orden impecable. Cinco minutos después apareció un único bombardero alemán, que sobrevoló la ciudad en círculos y a baja altitud y lanzó seis artefactos pesados, al parecer dirigidos a la estación. Las bombas y una lluvia de granadas cayeron sobre un antiguo instituto y las casas y las calles que lo rodeaban. Luego, el avión desapareció. Al cabo de cinco minutos llegó un segundo bombardero, que arrojó el mismo número de bombas en mitad de la ciudad. Aproximadamente un cuarto de hora después, tres Junkers prosiguieron con las labores de demolición, y desde ese momento el bombardeo creció en intensidad y continuidad y no cesó hasta las 7.45, cuando despuntaba el alba. La ciudad, de 7.000 habitantes además de 3.000 refugiados, fue arrasada lenta y sistemáticamente. En un radio de ocho kilómetros, un destacamento de atacantes había de bombardear varios caseríos. Por la noche, estos ardían como pequeñas velas sobre las colinas. Todas las aldeas de los alrededores fueron bombardeadas con la misma intensidad que la propia ciudad, y en Múgica, un pequeño grupo de casas situado a la entrada de Guernica, la población fue acribillada con ametralladoras durante quince minutos.

Es imposible confirmar todavía el número de víctimas. Esta mañana, la prensa bilbaína afirmaba que era «reducido, afortunadamente», pero existe el temor de que sea un recuento a la baja para no alarmar a la numerosa población de refugiados de Bilbao. En el hospital de las Josefinas, que fue uno de los primeros lugares en ser bombardeados, los cuarenta y dos milicianos a los que daba cobijo murieron en el acto. En la cuesta que sale de la Casa de Juntas vi un lugar en el que cincuenta personas, casi todas mujeres y niños, supuestamente quedaron atrapadas en un refugio antiaéreo bajo una montaña de escombros en llamas. Muchos perecieron en el campo, y en total las muertes podrían contarse por centenares. Un anciano sacerdote llamado Arronategui falleció a causa de una bomba mientras rescataba a unos niños de una casa incendiada.

Las tácticas de los bombarderos, que pueden ser de interés para estudiantes de la nueva ciencia militar, fueron las siguientes: primero, pequeños destacamentos de aviones lanzaron bombas pesadas y granadas de mano por toda la ciudad, eligiendo las zonas de manera ordenada. A continuación llegaron aparatos de combate, que volaron raso para ametrallar a quienes salían corriendo estremecidos de sus refugios subterráneos, algunos de los cuales ya habían sido alcanzados por bombas de 450 kilos, que abren un cráter de ocho metros de profundidad. Muchas de esas personas murieron mientras huían. Un gran rebaño de ovejas que era conducido al mercado también fue aniquilado. Al parecer, el objetivo de esta medida era que la

población volviera al subsuelo, porque luego aparecieron al menos doce bombarderos a la vez y lanzaron bombas pesadas e incendiarias sobre las ruinas. El ritmo de este bombardeo de una ciudad abierta fue, por tanto, lógico: primero, granadas de mano y bombas pesadas para que la población saliera en estampida, luego acribillarla con ametralladoras para que se escondiera bajo tierra y, por último, bombas incendiarias para destruir las casas y quemarlas encima de sus víctimas.

Las únicas contramedidas que podían emplear los vascos, ya que no poseen suficientes aviones para hacer frente a la flota insurgente, eran las aportadas por el heroísmo de los sacerdotes de la región, que bendijeron y rezaron por la multitud arrodillada —socialistas, anarquistas y comunistas, así como los fieles declarados— entre los despedazados refugios. Cuando entré en Guernica pasada la medianoche, las casas se derrumbaban por alguno de sus costados, e incluso a los bomberos les resultaba del todo imposible acceder al centro de la ciudad. Los hospitales de las Josefinas y el convento de Santa Clara eran brillantes montañas de ascuas. Todas las iglesias, con la salvedad de Santa María, fueron destruidas, y las pocas casas que aún seguían en pie estaban condenadas. Cuando esta tarde he vuelto a visitar Guernica, buena parte de la ciudad seguía ardiendo y se habían declarado nuevos incendios. En un hospital en ruinas había unos treinta fallecidos.

El efecto que ha tenido aquí el bombardeo de Guernica, la ciudad sagrada del País Vasco, ha sido profundo, y ha llevado al presidente Aguirre a emitir esta mañana el siguiente comunicado en la prensa vasca: «Los aviadores alemanes al servicio de los rebeldes españoles han bombardeado Guernica y han incendiado la ciudad histórica que tanto veneran todos los vascos. Han intentado herir el más sensible de nuestros sentimientos patrióticos, dejando claro una vez más qué puede esperar Euzkadi de quienes no dudan en destruir incluso el mismísimo santuario que documenta nuestros siglos de libertad y democracia. Ante esta atrocidad, todos los vascos debemos reaccionar con violencia, jurando de todo corazón que defenderemos los principios de nuestro pueblo, si es necesario, con una tenacidad y un heroísmo sin parangón. No podemos ocultar la gravedad del momento, pero el invasor nunca podrá alzarse con la victoria si, apelando a nuestra máxima fortaleza y determinación, lo conducimos a la derrota. El enemigo ha avanzado en muchos lugares y ha acabado siendo expulsado. No dudo en afirmar que aquí ocurrirá lo mismo. Que la atrocidad de hoy sea un acicate más para hacerlo con suma presteza».

La idea de Steer de que aquel era un nuevo tipo de guerra garantizó que su reportaje tuviese un impacto más inquietante que el de sus colegas. El editorial de *The New York Times* del día siguiente condenaba «los incendios indiscriminados y los asesinatos en masa, cometidos por aviones rebeldes de fabricación alemana». El 6 de mayo, el senador William Borah, de Idaho, realizaba una elocuente denuncia del bombardeo en unos términos que profetizaban el cuadro de Picasso: «Aquí, el fascismo presenta al mundo su obra maestra. Ha clavado en la pared de la civilización un cuadro que nunca se descolgará ni se desvanecerá del recuerdo de los hombres. Mientras hombres y mujeres estén interesados en buscar en las páginas de la historia hechos destacados de crueldad y ejemplos de destrucción innecesaria de vidas humanas, persistirán durante más tiempo y con el mayor horror en la salvaje crónica de la guerra fascista en España». Unos días después, el obispo Francis J. McConnell, de la Iglesia metodista episcopal, publicaba una «Apelación a la conciencia del mundo» firmada por varios centenares de estadounidenses prominentes, entre ellos senadores, congresistas, catedráticos, escritores, líderes sindicales y profesores de religiones no católicas. En él mencionaba específicamente a Steer como testigo. El 10 de mayo, el congresista Jerry O'Connell, de Montana, citaba a Steer en la Cámara de Representantes como prueba de la participación alemana en la Guerra Civil española.[43]

Quizá más importante que esos ecos del reportaje de Steer fue el hecho de que el 29 de abril fuera reeditado en su totalidad en el diario comunista francés *L'Humanité*, donde fue leído por Pablo Picasso.[44] Por aquel entonces estaba trabajando, por encargo del gobierno republicano español, en la creación de un mural para la Exposición Universal de París, que estaba prevista para el verano de 1937. Antes de la noticia de la destrucción de Guernica, una serie de bocetos preliminares versaban sobre la relación entre el artista y su modelo en el estudio. No obstante, ya se había sentido profundamente afectado por las crónicas desgarradoras de Louis Delaprée sobre el bombardeo de Madrid que habían sido publicadas en París en enero de 1937. El 30 de abril se publicó en París un folleto con el título de «El martirio de Durango». El 1 de mayo de 1937, más conmocionado aún por la noticia de Guernica, abandonó este proyecto primitivo y empezó a trabajar en el que se convertiría en su cuadro más famoso.[45]

Pese —o, más bien, debido— a la abrumadora verosimilitud del artículo de Steer, los rebeldeistas negaron de inmediato los hechos acaecidos en Guernica. Luis Bolín, jefe de la oficina de prensa extranjera franquista, difundió la idea de que la ciudad había sido dinamitada por saboteadores vascos. Ya empezaba a tener mala imagen a consecuencia de la campaña internacional para liberar a Arthur Koestler, y su mentira sobre Guernica también tendría repercusiones negativas. Con todo, las ideas de Bolín fueron rápidamente aceptadas por varios amigos ingleses de la causa franquista, entre ellos Douglas Jerrold, Arnold Lunn y Robert Sencourt. La característica más constante de sus escritos era la denigración de la integridad personal y profesional de George Steer.[46]

The Times telegrafió a George Steer, que se encontraba en Bilbao: VISTA NEGACIÓN REBELDE DE DESPACHO GUERNICA DESEABLE MÁS COMENTARIO ENJUNDIOSO. La respuesta de Steer, enviada el 28 de abril, fue publicada al día siguiente:

La negativa de Salamanca a reconocer la destrucción de Gernika no ha causado ningún asombro aquí, pues el bombardeo de Durango, que fue similar pero menos terrible, también fue desmentido pese a la presencia de testigos británicos. He hablado con centenares de personas afligidas, sin techo, que ofrecen exactamente la misma descripción de los hechos. He visto y medido los enormes cráteres de bomba en Gernika, que, puesto que visité la ciudad el día antes, puedo asegurar que no estaban allí. En Gernika se encontraron bombas de aluminio alemanas sin detonar con la inscripción «Fábrica de Rheindorf, 1936». Los aviones alemanes utilizados eran Junkers 52 (bombarderos pesados), Heinkel 111 (bombardero rápido de mediana envergadura) y Heinkel 51 (cazas). En un gran cráter de Arbacegui-Gerrikaiz, yo mismo fui tiroteado por las ametralladoras de seis cazas a su regreso de Gernika. Según la declaración de los pilotos alemanes capturados cerca de Ochandiano a principios de abril, en las primeras fases de la ofensiva insurgente, todos son pilotados por alemanes, la tripulación al completo es de esa nacionalidad y los aparatos partieron de Alemania en febrero. Aquí sostienen que todo el contingente aéreo insurgente utilizado en esta ofensiva contra los vascos es alemán, excepto siete aviones de combate Fiat y tres aparatos Savoia 81 de fabricación italiana. Que ellos han bombardeado y destruido Gernika es la opinión juiciosa de este corresponsal y, lo que es más, lo que saben a ciencia cierta, si eso es posible, todos los desdichados civiles vascos que se vieron obligados a sufrirlo.

Por temor a que *The Times* no lo publicara, Steer copió su telegrama original a Philip Noel-Baker y lo alentó a utilizarlo en la Cámara de los Comunes y a trasladar la información al ex primer ministro, Lloyd George, y al ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden.[47] El 6 de mayo refutaba de nuevo las negativas franquistas en *The Times*, y el día 15 de ese mes pudo documentar el derribo cerca de Bilbao de un piloto alemán cuyo diario de vuelo demostraba que había participado en el ataque a Guernica.

Las acusaciones de que Steer había mentido acerca de Guernica se mantuvieron hasta los años setenta. Al principio, se apoyaron en material que las fuerzas de ocupación hallaron en la oficina de telégrafos de Bilbao, incluido el telegrama enviado por *The Times* a Steer en el que le solicitaban más información. Bolín se lo entregó al estadounidense Joseph Thorning, el propagandista católico de Franco. Cuando Thorning lo publicó en 1938, afirmó que demostraba que *The Times* sospechaba de la veracidad de aquel reportaje. El telegrama forma parte de grandes cantidades de documentos requisados por los rebeldes en Bilbao y llevados a Salamanca para buscar información que utilizarían en la represión. El comandante Francis Yeats-Brown, un partidario británico de Franco, viajó a Salamanca, donde los franquistas le mostraron la correspondencia entre un «parlamentario inglés» (Noel-Baker) y un «periodista de Bilbao que se excedió describiendo la cuestión de Guernica» (Steer). Sin percatarse de la involuntaria ironía que constituía su propia labor como propagandista de Franco, Yeats-Brown escribió sin reparos que los telegramas constataban de manera inequívoca que Noel-Baker y Steer «estaban muy involucrados en los asuntos vascos; demasiado, de hecho».[48]

Aunque la publicación del reportaje de Steer probablemente causó la expulsión de Norman Ebbutt, el hombre de *The Times* en Berlín, por parte de los nazis, el periódico siguió aceptando la veracidad de Steer. *The Times* había publicado su crónica durante el período del apaciguamiento más encendido de Geoffrey Dawson, su director. En repuesta a la virulenta anglofobia con la que había reaccionado la controlada prensa alemana, Dawson escribió a H. G. Daniels, el corresponsal en funciones de *The Times* en Berlín: «Noche tras noche he hecho cuanto ha estado en mi mano para eliminar del periódico cualquier cosa que pudiera herir su susceptibilidad. No se me ocurre nada que se haya impreso en los últimos meses que pudiera ofenderlos por considerarlo un comentario injusto. Sin duda se sintieron molestos por el primer artículo de Steer sobre el bombardeo de Guernica, pero su fidelidad esencial a los hechos nunca ha sido discutida, y aquí no se ha realizado ningún intento por echárselo en cara o insistir en ello». No sirvió de nada. Como le informó Daniels, los propagandistas nazis se habían dado cuenta de que «Times» deletreado al revés es «Semit», y se retransmitió como prueba de que el periódico para el que trabajaba Steer era una empresa judeo-marxista.[49] El nombre de George Steer fue incluido en la lista de las 2.820 personas más buscadas por la Gestapo, que habían de ser detenidas una vez que los alemanes ocuparan Gran Bretaña en 1940.[50] Steer recibió amenazas desde el extranjero, según las cuales, si era atrapado vivo por los franquistas, sería fusilado inmediatamente. El periodista continuó visitando el frente, ahora pertrechado con una pistola que no sabía utilizar.[51] Holme y Monks también fueron denunciados por el general Queipo de Llano en sus notorias emisiones radiofónicas.[52]

El humo de las mentiras

El servicio de prensa extranjera de Franco, dirigido por Luis Bolín, negó de inmediato que el bombardeo se hubiese producido. La tapadera se inspiró en gran medida en sus preocupaciones sobre la posible reacción de la Iglesia católica inglesa. Las retransmisiones de Radio Nacional desde Salamanca aseguraban que en la España rebelde no había ningún avión alemán ni, en general, extranjero. Aunque los rebeldes sabían que Guernica había sido destruida el 26 de abril, publicaron un comunicado en el que mantenían que la mala climatología había impedido que sus fuerzas aéreas despegaran el 27 de abril y que, por tanto, no podían haber bombardeado la ciudad. Cuando al poco tiempo quedó claro que una negativa tajante era insostenible, los rebeldes aseguraron que Guernica había sido dinamitada por los propios vascos. Algunos mantuvieron esa historia hasta los años noventa.[53]

A la sazón, se atribuyó al propio Generalísimo la autoría del primer desmentido. Se ha afirmado que Franco se sintió consternado al descubrir más tarde que tanto Bolín como los alemanes le habían mentido.[54] Eso es perfectamente plausible pero no la afirmación de que le gritara al Coronel von Funck, el agregado militar alemán: «No consentiré que se libre una guerra contra mi pueblo».[55] De haber dicho algo remotamente semejante a este comentario, habría significado no solamente un cambio radical de opinión con respecto a sus actividades desde el 17 de julio de 1936, sino también que ignoraba la estrecha relación entre la Legión Cóndor y el cuartel general del propio Franco y de Mola. El primero había expuesto públicamente con suficiente regularidad su postura sobre la necesidad de aniquilar la moral del enemigo.

No es verosímil que el Caudillo mostrase reparos sobre los bombardeos contra los «separatistas rojos» del País Vasco. Escribió una carta de agradecimiento y felicitación a Sperrle y Richthofen por su ayuda durante la campaña. De hecho, todos los datos de que disponemos indican que si Franco y Mola se sentían horrorizados era por la controversia y la publicidad perjudicial que generó. La diferencia en el caso de Guernica fue la rigurosidad de la destrucción y la presencia del padre Onaindía y de los cuatro corresponsales de guerra. Cuando las fuerzas rebeldes llegaron a los carbonizados restos de la ciudad el 29 de abril, el carlista Jaime del Burgo le preguntó a un teniente coronel del Estado Mayor de Mola: «¿Era necesario hacer esto?». El oficial respondió furioso: «Esto hay que hacer con toda Vizcaya y con toda Cataluña».[56] Cuando Salamanca comenzó con los desmentidos, se ordenó a los pilotos de la Legión Cóndor que negaran el ataque a Guernica, pero algunos de ellos se jactaban de haberlo hecho.[57] El propio Franco, tras desmentirlo al principio, se mantuvo en sus trece. Una vez que se desató el escándalo internacional, no estuvo dispuesto a admitir que había dado carta blanca, consciente o inconscientemente, a los alemanes para cometer semejante atrocidad.

El 7 de mayo, el general Sperrle, utilizando el pseudónimo de Sander, envió un telegrama a Franco para preguntarle si sus indagaciones habían dado resultados que permitieran al gobierno alemán aceptar las propuestas británicas para una investigación internacional sobre los acontecimientos de Guernica. La Legión Cóndor ya había enviado un equipo a retirar aletas de bomba, artefactos no detonados y otros indicios del ataque. Sperrle solicitó a Franco que lo respaldara ante un avergonzado Ribbentrop. El Generalísimo repuso inmediatamente en un telegrama que insistía en la existencia de una fábrica de armas ligeras en Guernica y afirmaba: «Varias unidades de nuestra línea del frente pidieron a las fuerzas aéreas que bombardearan las intersecciones, una petición que satisficieron los aviones alemanes e italianos, y debido a la mala visibilidad provocada por el humo y las nubes de polvo, algunas bombas alcanzaron la ciudad. Por tanto, no es posible permitir una investigación. Los rojos aprovecharon el bombardeo para prender fuego a la ciudad. Una investigación constituye una maniobra propagandística para socavar la España nacional y a los países amigos».[58] Lo más sorprendente, aparte de reconocer que el ataque fue solicitado por los españoles, era que no se mencionaba que el mando local alemán había emprendido iniciativas independientes ni se reprochaba en modo alguno la magnitud del bombardeo.

El hecho de que Franco no aprovechara aquella oportunidad para precipitar el regreso de Sperrle a Alemania implicaba que estaba totalmente satisfecho con la conducta del comandante de la Legión Cóndor. El telegrama del Caudillo denota sus ansias por exonerar a esta última de cualquier insinuación de insubordinación para evitar que las repercusiones internacionales llevaran a Hitler a retirar sus fuerzas de España. El hecho de que Franco pidiese a Sperrle que mintiera a sus superiores sobre el bombardeo y sus consecuencias, indica que el ataque se pergeñó con la aprobación de Salamanca y sin el conocimiento de Berlín. Que Franco y Sperrle participaran en esta conspiración de silencio evidencia cuando menos un alto grado de complicidad entre ellos.[59]

Muchos de los inconsistentes argumentos que contenía el telegrama de Franco serían repetidos durante muchos años por sus propagandistas y en sus propios discursos.[60] Viniendo del Generalísimo, solo dejan entrever mendacidad o, en el mejor de los casos, una ignorancia culpable. No es creíble que los rebeldes quisieran destruir una fábrica de armas que estaban a punto de tomar. Que el objetivo fuesen las

intersecciones o el puente de Rentería que cruza el río Mundaca queda descartado por el peso de las bombas lanzadas y por el hecho de que una elevada proporción de las mismas eran incendiarias, ineficaces contra la piedra pero apropiadas para aterrorizar al sector residencial de la ciudad, mayoritariamente constituido por edificios de madera. No es sorprendente que hubiera humo si se arrojaron bombas incendiarias sobre una ciudad construida en buena medida con ese material.[61] El ejército vasco estaba batiéndose en retirada por las carreteras que conducían a Guernica, pero todavía no había llegado a la ciudad. Al parecer, Franco no se preguntó por qué los republicanos vascos iban a dinamitar Guernica y hacer precisamente lo que Richthofen tenía planeado, esto es, cortar el repliegue interponiendo una enorme catástrofe humana en su camino.[62]

Si el objetivo de los presuntos saboteadores era negar a los rebeldes las ventajas que brindaba la ciudad, Franco no pareció ponderar, ni en aquel momento ni después, el curioso hecho de que la fábrica de armamento ligero y el crucial puente seguían intactos cuando las fuerzas de Mola llegaron tres días más tarde, el 29 de abril. Eran omisiones sorprendentes por parte de unos dinamiteros que estaban llevando a cabo una política de tierra quemada. Un par de días después, Franco recibió una visita del Marqués del Moral, Frederick Ramón Bertodano y Wilson, un entusiasta anglo-español de su causa. Moral, quien se creía la historia de los supuestos dinamiteros vascos, estaba muy preocupado por el daño que las noticias sobre el bombardeo infligían a la causa rebelde. Se había ido a Salamanca para pedirle a Franco que permitiese una investigación para permitir que se revelase la «verdad» sobre Guernica. Naturalmente, el Generalísimo se negó prometiendo solamente renovar sus anteriores declaraciones en otras palabras.[63]

La controversia convirtió a la ciudad en un símbolo fundamental de la guerra, inmortalizado en el cuadro de Pablo Picasso. El hecho de que Guernica fue destruida por bombas explosivas e incendiarias lanzadas por aviones de la Legión Cóndor pilotados por alemanes, ya no es motivo de disputa. Asimismo, no hay dudas acerca de que la atrocidad fue cometida a instancias del alto mando rebelde y no por iniciativa de los alemanes.[64] Que el bombardeo no fuese ejecutado a petición de la cúpula rebelde, sino simplemente tolerado, cambiaría poca cosa en lo tocante a la responsabilidad de Franco en todo ello. La Legión Cóndor estaba en España porque así lo había solicitado, y Sperrle era un subordinado directo suyo.

La única cuestión debatible es el grado de coordinación detallada entre Franco y Sperrle. El bombardeo de Guernica no fue un hecho aislado, ya que formaba parte de la política sistemática de cooperación aire-tierra elaborada desde finales de marzo por Vigón y Richthofen. Su propósito general durante toda la campaña, y en el caso concreto de la devastación de Guernica, era socavar la moral vasca. Ese objetivo a largo plazo se confirmó dos días después, cuando Mola relacionó públicamente el destino de Guernica con el de Bilbao. «Arrasaremos Bilbao, y su desolado emplazamiento disuadirá a los británicos de apoyar a los bolcheviques vascos en contra de nuestra voluntad», declaró supuestamente. Un escalofrío de terror recorrió todo Bilbao.[65]

No todos los altos mandos rebeldes intentaron negar el bombardeo de Guernica. Virginia Cowles, una periodista estadounidense, recorrió toda la España rebelde en compañía del capitán Gonzalo de Aguilera, el excéntrico aristócrata que atribuía el estallido de la guerra a las alcantarillas. Al reunirse con soldados alemanes en el norte, le comentó: «Buena gente, los alemanes, pero un poco serios; nunca parecen tener mujeres con ellos, pero supongo que no han venido a eso. Si matan a suficientes rojos, podemos perdonárselo todo». Cowles visitó los vestigios de Guernica junto a Ignacio Rosalles, otro jefe de prensa rebelde. Más tarde escribía:

> Llegamos a Guernica y encontramos un solitario caos de madera y ladrillo, como una antigua civilización que está siendo excavada. Solo había tres o cuatro personas en la calle. Un anciano estaba despejando escombros. Acompañada de Rosalles, mi escolta oficial, me acerqué a él y le pregunté si estaba en la ciudad durante la destrucción. El hombre asintió, y cuando le pregunté qué había sucedido, agitó los brazos y afirmó que el cielo se oscureció por la presencia de los aviones. «Aviones —dijo—, italianos y alemanes.» Rosalles estaba asombrado. «Guernica ha sido incendiada», repuso acaloradamente. Sin embargo, el anciano se mantuvo en sus trece e insistió en que, tras un bombardeo de cuatro horas, poco quedaba por quemar. Rosalles me sacó de allí. «Es rojo», explicó indignado. Dos días después estuvimos hablando con algunos oficiales del Estado Mayor. Rosalles describió nuestro recorrido por la costa y les contó el incidente de Guernica. «La ciudad estaba llena de rojos —dijo—. Intentaban hacernos creer que fue bombardeada, no incendiada.» El alto oficial del Estado Mayor repuso: «Por supuesto que fue bombardeada. La bombardeamos incesantemente y, bueno, ¿por qué no?». Rosalles se quedó boquiabierto, y cuando volvimos al coche dijo: «Yo de usted no escribiría sobre eso».[66]

Esos intentos de intimidación, aunque no resultaban particularmente eficaces, eran bastante habituales. Luis Bolín, quien ya había amenazado con ejecutar al cámara francés René Brut por grabar la matanza de Badajoz, estaba acostumbrado a que la prensa se plegara a sus deseos. Sin embargo, en última instancia el mito de los dinamiteros vascos fue contraproducente. Si las autoridades rebeldes hubieran adoptado la misma línea que el indiferente oficial del Estado Mayor, el bombardeo podría haber sido tachado de lamentable consecuencia de la guerra. Dadas las circunstancias, la controversia lo convirtió en un símbolo crucial del conflicto, inmortalizado por el cuadro de Pablo Picasso. Ya no cabe ninguna duda de que Guernica fue destruida por la Legión Cóndor alemana. Además, es este hecho el que confiere al acontecimiento su

importancia militar, puesto que la ciudad fue la primera en toda la historia universal en ser completamente arrasada por un bombardeo aéreo.

Sin lugar a dudas, la devastación de Guernica minó la moral vasca. Las reuniones entre el general Mola y el teniente coronel Von Richthofen la noche del 25 de abril y la mañana del 26 indican que ese fue precisamente el motivo por el que había sido bombardeada. De lo contrario, el objetivo más verosímil habría sido derribar el puente de Rentería, que cruza el río Mundaca y que las tropas vascas podían utilizar para la retirada. Sin embargo, las bombas incendiarias ligeras eran una extraña elección para un puente de piedra. Asimismo, Von Richthofen, un hombre austero y eficiente, tenía acceso al nuevo bombardero en picado Stuka, con diferencia el aparato más adecuado para bombardeos de precisión a pequeña escala que existía en aquel momento. No obstante, decidieron no utilizarlo. Algunos testigos oculares han corroborado que los bombarderos convencionales que utilizó volaban lo bastante bajo como para poder lanzar bombas con cierta precisión. Sin embargo, lo hacían a demasiada distancia como para concentrarse en un objetivo concreto. De hecho, parece que cobijarse debajo del puente de Rentería era lo más seguro durante el bombardeo de Guernica.

Después de las bombas

Caben pocas dudas acerca de que el bombardeo de Guernica se realizó para aterrorizar a Bilbao y entorpecer la retirada de las fuerzas vascas hacia la ciudad. La clave para la defensa de Bilbao, las fortificaciones conocidas como «el anillo de hierro», la había desvelado el comandante Alejandro Goicoechea, un oficial vasco que había desertado con copias de los planos en marzo. A finales de mayo, las tropas de Mola forzaron la rendición de Bilbao. Las órdenes de Indalecio Prieto, el ministro de Defensa, de destruir todas las instalaciones industriales fueron ignoradas por José Antonio Aguirre, el presidente vasco. Los constantes ataques aéreos de los rebeldes les permitieron penetrar las líneas defensivas el 12 de junio. Una semana después caía Bilbao.

A principios de 1938, Martha Gellhorn escribía a su amiga y mentora Eleanor Roosevelt: «Debe leer un libro de un hombre llamado Steer; se titula *El árbol de Gernika*. Trata sobre la lucha de los vascos —es el corresponsal de *The Times*, el periódico londinense— y no se ha publicado ningún libro mejor sobre la guerra. En él dice todo lo que he intentando contarle cuando la he visto después de estar en España. Está hermosamente escrito y es fiel, y pocos libros son así, y menos aún versan sobre la guerra. Por favor, cómprelo».[67] El criterio de Martha Gellhorn ha resistido sobradamente el paso del tiempo. Puede que la crónica de Steer sobre el bombardeo de Guernica tuviera más impacto político que cualquier artículo escrito por un corresponsal durante la Guerra Civil española. Philip Noel-Baker, diputado laborista por Derby, escribió a Steer al respecto de sus informes: «Sus telegramas desde Bilbao han sido de un valor incalculable para mí, y sus mensajes a *The Times* me parecen sencillamente brillantes. Creo que en tiempos modernos ningún artículo ha causado tan honda impresión en todo el país como su reportaje sobre el bombardeo de Guernica. Ojalá hubiese oído usted los comentarios realizados por el parlamentario Arthur Salter. He citado extensos fragmentos del artículo en al menos diez grandes reuniones celebradas por todo el país, y en todas partes causa una tremenda impresión».[68]

A un mundo que ha sido testigo de las matanzas desencadenadas por Hitler y Stalin, por no hablar de las guerras de Corea, Vietnam e Irak, la Guerra Civil española puede parecerle algo insignificante. Después de Dresde e Hiroshima, la destrucción de Guernica podría antojarse una mera matonería de segunda fila. Sin embargo, pese a todo ello, el bombardeo de esta aletargada ciudad vasca con mercado el 26 de abril de 1937 probablemente haya causado una polémica más airada que cualquier acto de guerra acaecido desde entonces, y buena parte de dicha polémica ha girado en torno al artículo de Steer. Esto obedece en parte a que lo sucedido en Guernica se percibió como la primera ocasión en que un bombardeo aéreo arrasaba un objetivo civil indefenso en Europa. En realidad, el bombardeo de civiles inocentes era una práctica afianzada en las colonias de las potencias occidentales, y poco antes los italianos lo habían ejecutado de manera sistemática en Abisinia. Incluso en España, el bombardeo de Guernica estuvo precedido por el bombardeo sistemático de Madrid y la destrucción de la cercana Durango por bombarderos alemanes a finales de marzo de 1937. Como enviado especial de *The Times* con las fuerzas republicanas de Bilbao, George Steer, que había presenciado los horrores de Abisinia, describió lo ocurrido en Durango como «el bombardeo más terrible de población civil en la historia universal hasta el 31 de marzo de 1937». Sin embargo, con la ayuda del escalofriante cuadro de Picasso, ahora se recuerda Guernica como el lugar donde la nueva y horrenda guerra moderna alcanzó la madurez.[69]

Después de Guernica, Steer permaneció en lo que quedaba de Euskadi durante las seis semanas siguientes de bombardeos incesantes, y visitó los lugares donde los combates eran más encarnizados. Asimismo, informó casi a diario sobre la tenaz defensa contra el avance franquista sobre Bilbao pese a la falta de cobertura aérea. Durante esos últimos días desesperados en la ciudad, ayudó a Leah Maning, la diputada laborista británica que colaboró en la organización de la evacuación de cuatro mil niños a Gran Bretaña por parte del gobierno vasco. Más tarde Maning describiría a Steer y a Philip Jordan, otro periodista británico, como «símbolos de fuerza y aliento».[70] Hewlett Johnson, deán de Canterbury, escribió a *The Times* elogiando a Steer, a quien definía como «un corresponsal heroico y extremadamente capacitado, con quien tuve el privilegio de reunirme en Bilbao, por ser el único periodista británico que se encontraba en aquel momento en la ciudad».[71] Philip Noel-Baker escribió a Steer que su reportaje sobre Guernica había contribuido a cambiar la política del gobierno británico, con lo cual se refería, casi sin lugar a dudas, a la decisión de permitir la evacuación de aquellos cuatro mil niños vascos a Gran Bretaña.[72]

Cuando el gobierno vasco abandonó Bilbao el 18 de junio, Steer fue a las salas desiertas del presidente y cogió su pluma y su último cuaderno para empezar a escribir *El árbol de Gernika*. Luego se terminó la última botella de champán que quedaba en el edificio. Al día siguiente, al amanecer, fue caminando hacia el oeste hasta que encontró a un conductor que estuviera dispuesto a llevarlo por la atestada carretera que conducía a Santander.[73] Fue allí donde Steer escribió su último y extenso artículo para *The Times*, una elegíaca crónica de

la última batalla heroica de Bilbao.[74] A finales de junio, después de perder prácticamente todas sus posesiones en la retirada de Bilbao, Steer consiguió llegar a París, donde empezó a escribir en el cuaderno de Aguirre. Sin embargo, no pudo desconectarse de sus amados vascos. Tras interrumpir su actividad para buscar más material, el 18 de agosto cogió un peligroso vuelo hasta Santander, cruzando la bahía de Vizcaya, donde se vieron arrinconados por la superioridad de las fuerzas italianas. Permaneció con ellos unos días y regresó antes de su ignominioso final.[75]

Durante la Segunda Guerra Mundial, Steer trabajó para *The Daily Telegraph*. Cubrió la invasión rusa de Finlandia, una vez más atraído por la descripción de la heroica resistencia de una pequeña nación que se enfrentaba a un invasor totalitario. Steer mantuvo contacto con los líderes vascos exiliados en Francia e intentó llevarlos a Inglaterra antes de que cayeran en manos alemanas, y sirvió con las fuerzas británicas en el norte de África, Madagascar y Birmania. No murió en combate, sino en un accidente de tráfico el día de Navidad de 1944. Fue una trágica ironía que un hombre que había corrido tantos riesgos en grandes causas muriera de una manera tan banal. La necrológica de *The Times* comentaba acerca de sus libros: «Combinando la investigación del erudito con la experiencia del combatiente y la fe del idealista, en sus obras era tan franco y preciso como gráfico».[76]

Las palabras de Steer que resumen la participación vasca en la Guerra Civil española evocan la tragedia y la dignidad de todo un pueblo: «Después de todo, los vascos eran un pueblo pequeño y no tenían demasiadas pistolas o aviones, y no recibieron ninguna ayuda extranjera. Eran terriblemente simples y cándidos, y no estaban versados en la guerra; pero durante toda esta dolorosa guerra civil, mantuvieron bien alto el estandarte de la humanidad y la civilización. No habían matado ni torturado, ni se divirtieron en modo alguno a expensas de sus prisioneros. En las circunstancias más crueles, mantuvieron la libertad de expresión y la fe. Habían observado escrupulosa y celosamente todas las leyes, escritas y no escritas, que encarecen al hombre cierto respeto por su vecino. No habían tomado rehenes, habían respondido a los inhumanos métodos de quienes los odiaban con protestas y nada más. En la medida en que esto es posible en una guerra, dijeron la verdad y cumplieron todas sus promesas».[77] Junto a su cuerpo se halló su posesión más preciada, un reloj de oro que le regaló José Antonio de Aguirre, con la inscripción «A Steer de la república vasca».

En una sesión plenaria celebrada el día 13 de febrero de 1945, el ayuntamiento de Guernica acordó por unanimidad el nombramiento de Franco como hijo adoptivo «como sentido homenaje de cariño, gratitud y adhesión hacia su persona y todo cuanto representa».[78] Los promotores de la iniciativa fueron los miembros del ayuntamiento con su alcalde al frente, Vicente Rojo de Cubillo, un personaje que estuvo implicado en la Sanjurjada. Dos décadas después, en el año 1966, y en conmemoración del 600.º aniversario de la fundación de la villa, otra corporación municipal le concedió a Franco la Medalla de Oro y Brillantes de Guernica. En consecuencia, hubo cierta polémica cuando se propuso invitarle a la localidad. De todas formas, el ayuntamiento en corporación se trasladó a El Pardo para hacer entrega de la medalla al dictador. El alcalde era entonces Augusto Unceta, asesinado más tarde por ETA, en 1977.[79]

El 18 de septiembre de 1970, el nacionalista vasco Joseba Elosegi se prendió fuego mientras Franco presidía el campeonato mundial de jai alai en San Sebastián. Elosegi estuvo al mando de la única unidad militar vasca presente en Guernica el 26 de abril de 1937, cuando fue destruida por los aliados alemanes de Franco. Al lanzarse en llamas delante del dictador, Elosegi quiso hacerle entender lo que los vascos habían sufrido en carne propia durante la campaña rebelde contra Euskadi.[80] Fue en balde. Franco mantuvo una fría impasibilidad mientras Elosegi, que sufrió graves quemaduras, era evacuado. Para el dictador, pese a su título de hijo adoptivo y a la aceptación de la Medalla de Oro y Brillantes de Guernica, su desprecio por el destino de los vascos era tan hondo en 1970 como lo había sido en 1937.

Bibliografía

Aguirre y Lecube, José Antonio de, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, 3.ª ed., Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1944.

—, *Diario de Aguirre*, Txalaparta Editorial, Tafalla (Navarra), 1998.

—, *El informe del presidente Aguirre al gobierno de la República sobre los hechos que determinaron el derrumbamiento del frente del norte (1937)*, Editorial La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1978.

—, *Escape via Berlin. Eluding Franco in Hitler's Europe*,University of Nevada Press, Reno y Las Vegas, 1991.

—, *Freedom was Flesh and Blood*, Victor Gollancz, Londres, 1945.

—, *Veinte años de gestión del gobierno vasco (1936-1956)*,Leopoldo Zugaza, Durango, 1978.

Barruso Barés, Pedro, *Violencia política y represión en Guipúzcoa durante la guerra civil y el primer franquismo*, Hiria Liburuak, San Sebastián, 2005.

Bolín, Luis, *Spain: The Vital Years*, Lippincott, Filadelfia, 1967. (Hay trad. cast. *España, los años vitales,* Espasa, Madrid, 1967.)

Buchanan, Tom, *Britain and the Spanish Civil War*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.

—, *The Impact of the Spanish Civil War on Britain. War, Loss and Memory*, Sussex Academic Press, Brighton, 2007.

Cable, James, *The Royal Navy and the Siege of Bilbao*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.

Cándano, Xuan, *El Pacto de Santoña (1937). La rendición del nacionalismo vasco al fascismo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.

Cava Mesa, María Jesús, *Memoria colectiva del bombardeo de Gernika*, Bakeaz/Gernika Gogoratuz, Guernica, 1996.

Chipp, Herschel B., *Picasso's Guernica. History, Transformations, Meanings*, University of California Press, Berkeley, CA, 1988. (Hay trad. cast. *El Guernica de Picasso,* Polígrafa, Barcelona, 1991.)

Cowles, Virginia, *Looking for Trouble*, Hamish Hamilton, Londres, 1941. (Hay trad. cast. *Desde las trincheras,* Siddharth Mehta, Madrid, 2011.)

Delaprée, Louis, *Le martyre de Madrid. Témoinages inédits de Louis Delaprée*, s. e., Madrid, 1937. (Hay trad. cast. *El martirio de Madrid,* Kraus, 1975.)

—, *Morir en Madrid*, ed. de Martin Minchom, Editorial Raíces, Madrid, 2009.

Elosegi, Joseba, *Quiero morir por algo*, s. e., s. l., pero St. Jean de Luz, 1971.

Gannon, Franklin Reid, *The British Press and Nazi Germany 1936-1939*, Clarendon Press, Oxford, 1971.

García, Hugo, *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.

García Santa Cecilia, Carlos, ed., *Corresponsales en la guerra de España*, Fundación Pablo Iglesias/Instituto Cervantes, Madrid, 2006.

Granja Sainz, José Luis de la, *República y guerra civil en Euskadi (del Pacto de San Sebastián al de Santoña)*, Instituto Vasco de Administración Pública, Bilbao, 1990.

— *et al.*, *Herbert R. Southworth: Bizitza eta Lana/Vida y obra*, Ayuntamiento de Guernica, Gernika-Lumo, 2001.

— y Carmelo Garitaonandía, eds., *Gernika: 50 años después (1937-1987). Nacionalismo, República, Guerra Civil*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1987.

Heaton, P. M., *Welsh Blockade Runners in the Spanish Civil War*, The Starling Press, Newport, Gwent, 1985.

Hensbergen, Gijs van, *Guernica. The Biography of a Twentieth-Century Icon*, Bloomsbury, Londres, 2004. (Hay trad. cast. *Guernica,* Debate, Barcelona, 2006.)

Holme, Christopher, «The Reporter at Guernica», *British Journalism Review*, vol. 6, n.º 2.

Knightley, Philip, *The First Casualty. The War Correspondent as Hero, Propagandist, and Myth Maker from the Crimea to Vietnam*, André Deutsch, Londres, 1975. (Hay trad. cast. *Corresponsales de Guerra,* Euros, Barcelona, 1976.)

Maier, Klaus A., *Guernica 26.4.1937: La intervención alemana en España y el «Caso Guernica»*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1976.

Manning, Leah, *A Life for Education. An Autobiography*, Gollancz, Londres, 1970.

Martin, Russell, *Picasso's War. The Destruction of Guernica and the Masterpiece that Changed the World*, Dutton, Nueva York, 2002.

Meer, Fernando de, *El Partido Nacionalista Vasco ante la guerra de España (1936-1937)*, Ediciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1992.

Momoitio Astorkia, Iratxe *et al.*, *El papel de los corresponsales en la Guerra Civil española. Homenaje a George Steer*, Ayuntamiento de Guernica, Gernika-Lumo, 2003.

—, *La Iglesia y el franquismo. Homenaje a Aita Onaindía*, Ayuntamiento de Guernica, Gernika-Lumo, 2007.

—, *Picasso-Gernika. 70 aniversario*, Ayuntamiento de Gernika-Lumo, Gernika-Lumo, 2007.

Monks, Noel, *Eyewitness*, Frederick Muller, Londres, 1955.

Monteath, Peter, «Guernica Reconsidered: Fifty Years of Evidence», *War & Society*, vol. 5, nº 1 (mayo de 1987).

Muñoz-Rojas, Olivia, *Ashes and Granite. Destruction and Reconstruction in the Spanish Civil War and its Aftermath*, Sussex Academic Press/Cañada Blanch, Brighton, 2011.

Onaindía, Alberto, *El «Pacto» de Santoña, antecedentes y desenlace*, Editorial Laiz, Bilbao, 1983.

—, *Hombre de paz en la guerra*, Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1973.

Patterson, Ian, *Guernica and Total War*, Profile Books, Londres, 2007. (Hay trad. cast. *Guernica y la guerra total,* Turner, Madrid, 2008.)

Preston, Paul, *Franco: A Biography*, HarperCollins, Londres, 1993. (Hay trad. cast. *Franco, caudillo de España,* Grijalbo, Barcelona, 2003.)

—, *The Spanish Civil War. Reaction, Revolution, Revenge*, HarperCollins, Londres, 2006. (Hay trad. cast. *La guerra civil española,* Debate, Barcelona, 2006.)

—, *We Saw Spain Die. Foreign Correspondents in the Spanish Civil War*, Constable, Londres, 2008. (Hay trad. cast. *Idealistas bajo las balas,* Debate, Barcelona, 2007.)

Rankin, Nick, *Telegram from Guernica. The Extraordinary Life of George Steer, War Correspondent*, Faber & Faber, Londres, 2003. (Hay trad. cast. *Crónica desde Guernica,* Siglo XXI, Madrid, 2005.)

Salas Larrazábal, Jesús, *La guerra de España desde el aire*, 2.ª ed., Ariel, Barcelona, 1972.

Southworth, Herbert Rutledge, *Guernica! Guernica!: A Study of Journalism, Propaganda and History*, University of California Press, Berkeley, 1977. (Hay trad. cast. *Destrucción de Guernica,* Cosmos, Valencia, 1977.)

Steer, George L., *Caesar in Abyssinia*, Little, Brown & Co., Boston, 1937.

—, *The Tree of Gernika: A Field Study of Modern War*, Hodder & Stoughton, Londres, 1938. (Hay trad. cast. *El árbol de Gernika. Un ensayo sobre la guerra moderna*, Txalaparta, Tafalla, 2002.)

Talón, Vicente, *Arde Guernica*, Editorial San Martín, Madrid, 1970.

Thomas, Gordon, y Max Morgan-Witts, *The Day Guernica Died*, Hodder & Stoughton, Londres, 1975. (Hay trad. cast. *El día en que murió Guernica,* Plaza & Janés, Barcelona, 1986.)

Thomas, Hugh, *The Spanish Civil War*, 3.ª ed., Hamish Hamilton, Londres, 1977. (Hay trad. cast. *La guerra civil española,* Debolsillo, Barcelona, 2003.)

Thompson, sir Geoffrey, *Front Line Diplomat*, Hutchinson, Londres, 1959.

Thorning, Joseph F., *Mercy and Justice!*, Peninsular News Service, Nueva York, 1939.

—, *Why the Press Failed on Spain*, International Catholic Truth Society, Nueva York, 1938.

Viejo-Rose, Dacia, *Reconstructing Spain. Cultural Heritage and Memory after Civil War*, Sussex Academic Press/Cañada Blanch, Brighton, 2011.

Viñas, Ángel, *Guerra, dinero, dictadura: Ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Crítica, Barcelona, 1984.

Watkins, K. W., *Britain Divided*, Nelson, Londres, 1963.

Zarrabeitia Bengoa, Alberto, *El bombardeo de Gernika: Memoria gráfica*, Gernikazarra Historia Taldea, Gernika-Lumo, 2007.

Biografía

Paul Preston (Liverpool, 1946) es catedrático «Príncipe de Asturias» de Historia Contemporánea española y director del Centro Cañada Blanch para el estudio de la España contemporánea de la London School of Economics & Political Science. Educado en Liverpool y en la Universidad de Oxford, de 1973 a 1991 fue sucesivamente profesor de Historia de la Universidad de Reading; en el Centro de Estudios Mediterráneos, en Roma; y en el Queen Mary College de la Universidad de Londres, donde ganó la cátedra de Historia Contemporánea en 1985, pasando a la LSE en 1991. Analista de asuntos españoles en radio y televisión tanto en Gran Bretaña como en España, colaborador de diversos periódicos y revistas, entre sus libros destacan *La destrucción de la democracia en España* y *El triunfo de la democracia en España* (Grijalbo Mondadori 2001), *Franco* (Grijalbo, ed. revisada de 2001), *La Guerra Civil Española* (2000, Debate 2006), *Palomas de guerra* (2001), *Juan Carlos. Rey de un pueblo* (2002) e *Idealistas bajo las balas* (Debate, 2007). En 1986 le fue otorgada la Encomienda de la Orden del Mérito Civil, y en 2007 la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica. En 1994 fue elegido miembro de la Academia Británica, y en 2006 fue elegido miembro de la Academia Europea de Yuste. En 1998 ganó el I Premio Así Fue con su obra *Las tres Españas del 36* que fue un gran éxito de crítica y público. Su libro más reciente es *El holocausto español* (Debate, 2011).

notes

1. Juan de Iturralde, *La guerra de Franco, los vascos y la Iglesia*, 2 vols., Publicaciones del Clero Vasco, San Sebastián, 1978, I, p. 433. Véase también Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, 3rd ed., Hamish Hamilton, Londres, 1977, p. 260.

2. Marisol Martínez y David Mendaza, *1936 Guerra civil en Euskal Herria, III: La guerra en Araba. El levantamiento militar en Bizkaia,* Aralar Liburuak, Pamplona, 1999, pp. 209-211.

3. *The Times*, 29 y 31 de agosto y 1, 2, 4, 5 de septiembre de 1936; José Manuel Martínez Bande, *Nueve meses de guerra en el norte,* 2.ª ed., Editorial San Martín, Madrid, 1980, pp. 64-86.

4. Pedro Barruso, *Verano y revolución. La Guerra Civil en Gipuzkoa (julio-septiembre de 1936)*, R&B Editores, San Sebastián, 1996, pp. 243-256.

5. Pedro Barruso Barés, *Violencia política y represión en Guipúzcoa durante la guerra civil y el primer franquismo,* Hiria Liburuak, San Sebastián, 2005, pp. 120-143,232-240; Mikel Aizpuru, Urko Apaolaza, Jesús Mari Gómez y Jon Ogdriozola, *El otoño de 1936 en Guipúzcoa. Los fusilamientos de Hernani* Alberdania, Irún, 2007, pp. 91-104, 151-183.

6. Alberto Onaindía, *Hombre de paz en la guerra,* Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1973, pp. 103-112; Barruso Barés, *Violencia política y represión en Guipúzcoa*, pp. 159-169; Juan de Iturralde, (seudónimo de Juan José Usabiaga Irazustabarrena), *La guerra de Franco: los vascos y la Iglesia,* 2 vols., Publicaciones Clero Vasco, San Sebastián, 1978, II, pp. 357-380; Aizpuru *et al.*, *El otoño de 1936*, pp. 200-222.

7. Onaindía, *Hombre de paz*, pp. 172-181.

8. José Antonio de Aguirre y Lecube, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín,* 3.ª ed., Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1944, p. 17.

9. José Luis de la Granja Sainz, *El oasis vasco. El nacimiento de Euskadi en la República y guerra civil,* Editorial Tecnos, Madrid, 2007, pp. 421-433; José Luis de la Granja Sainz, *República y guerra civil en Euskadi (Del Pacto de San Sebastián al de Santoña),* Instituto Vasco de Administración Pública, Bilbao, 1990, pp. 301-305; Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco ante la guerra de España (1936-1937),* Ediciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1992, pp. 163-165, 263-281; Onaindía, *Hombre de paz*, pp. 131-138.

10. Alfredo Kindelán Duany, *Mis cuadernos de guerra,* 2.ª ed., Editorial Planeta, Barcelona, 1982, pp. 120-123; General Jorge Vigón, *General Mola (el Conspirador)*, AHR, Barcelona, 1957, pp. 303-304.

11. Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida junto a Franco,* Editorial Planeta, Barcelona, 1977, p. 225; Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 115-120; José Manuel Martínez Bande, *Vizcaya*, Editorial San Martín, Madrid, 1971, pp. 13-17; Klaus A. Maier, *Guernica 26.4.1937: La intervención alemana en España y el «Caso Guernica»,* Sedmay Ediciones, Madrid, 1976, pp. 44-45; Vigón, *Mola*, p. 311; Ángel Viñas, «La responsabilidad de la destrucción de Guernica», en Ángel Viñas, *Guerra, dinero, dictadura: ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Crítica, Barcelona, 1984, p. 99.

12. Maier, *Guernica*, pp. 45-46; Richthofen, anotaciones del 24 y 26 de marzo de 1937, «Spanien-Tagebuch», pp. 77-81; Viñas, «La responsabilidad», pp. 99-102.

13. José Luis Alcofar Nassaes, *C.T.V. Los legionarios italianos en la guerra civil española 1936-1939,* Euros, Barcelona, 1972, pp. 112-115; Maier, *Guernica*, p. 48; Gerald Howson, *Aircraft of the Spanish Civil War 1936-1939,* Putnam, Londres, 1990, pp. 209; Williamson Murray, *German Military Effectiveness,* The Nautical & Aviation Publishing Co., Baltimore, 1992, p.148.

14. *Documents on German Foreign Policy. Germany and the Spanish Civil War 1936-1939,* Series C, vol. III, HMSO, Londres, 1959, pp. 125-126; Viñas, «La responsabilidad», p. 106.

15. Richthofen, «Spanien-Tagebuch», anotaciones del 24 y 28 de marzo de 1937, pp. 79, 82.

16. G.L. Steer, *The Tree of Gernika: A Field Study of Modern War,* Londres, 1938, p. 159; Bowers a Hull, 30 de abril de 1937, *Foreign Relations of the United States 193,* vol. I, Government Printing Office, Washington, 1954, p. 291; Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España (1936-1939)*, Ediciones Idea, Madrid, 1940, p. 398. Véase el recorte de prensa reproducido en Martínez y Mendaza, *1936 Guerra civil en Euskal Herria,* III, p. 211.

17. Javier Ugarte, «Represión como instrumento de acción política del Nuevo Estado (Álava, 1936-1939)», *Historia Contemporánea*, nº 35, 2007, p. 259.

18. Steer, *Gernika*, pp. 160-170; Herbert Rutledge Southworth, *Guernica! Guernica!: A Study of Journalism, Propaganda and History,* University of California Press, Berkeley, 1977, pp. 368-369; Jesús Salas Larrazábal, *La guerra de España desde el aire,* 2.ª ed., Ariel, Barcelona, 1972, pp. 187-188.

19. Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 84.

20. Maier, *Guernica*, pp. 49-52; Richthofen, anotación del 2 de abril de 1937, «Spanien-Tagebuch», pp. 86-87; Viñas, «La responsabilidad», pp. 102-103; Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 84.

21. *The Times*, 9 de abril de 1937; Thomas, *Civil War*, p. 616; Aznar, *Historia militar*, pp. 398-401.

22. *The Times*, 9 de abril de 1937; Thomas, *Civil War*, p. 616; Aznar, *Historia militar*, pp. 398-401.

23. Martínez Bande, *Vizcaya*, pp. 82-92; Aznar, *Historia militar*, pp. 401-406; Luis María de Lojendio,

Operaciones militares de la guerra de España, Montaner y Simón, Barcelona, 1940, pp. 269-276.

24. Roberto Cantalupo, *Fu la Spagna. Ambasciata presso Franco. Febbraio-Aprile 1937*, Mondadori, Milán, 1948, pp. 229-230.

25. Cantalupo a Mussolini, 29 de marzo de 1937, Archivio Storico del Ministero degli Affari Esteri (ASMAE), Spagna Fondo di Guerra, busta 38, telegrama 709/345, pp. 8-9.

26. Cantalupo, *Fu la Spagna*, p. 231.

27. Richthofen, anotación del 18 de abril de1937, «Spanien-Tagebuch» pp. 96-97; Viñas, «La responsabilidad», pp. 106-108.

28. Richthofen, anotación del 23 de abril de 1937, «Spanien-Tagebuch», p. 101.

29. En parte a causa de la retirada políticamente motivada de los batallones de la CNT, Steer, *Gernika*, pp. 213-233.

30. Richthofen, anotación del 25 de abril de 1937, «Spanien-Tagebuch», pp. 101-103.

31. Gordon Thomas y Max Morgan-Witts, *The Day Guernica Died*, Hodder & Stoughton, Londres, 1975, pp. 144, 296; Claude Bowers, *My Mission to Spain,* Victor Gollancz, Londres, 1954, p. 343.

32. Richthofen, anotación del 26 de abril de 1937, «Spanien-Tagebuch», pp. 103-104; Peter Monteath, «Guernica Reconsidered: Fifty Years of Evidence», *War & Society*, vol. 5, nº 1, mayo de 1987, pp. 97-98.

33. Howson, *Aircraft*, pp. 136, 175, 182, 209, 272; Richthofen, anotación del 26 de abril, «Spanien-Tagebuch», p. 103; Ramón Hidalgo Salazar, *La ayuda alemana a España 1936-1939*, Editorial San Martín, Madrid, 1975, pp. 142-145; Salas Larrazábal, *Ejército popular*, II, p. 1436, n. 47.

34. Según las últimas investigaciones del colectivo Gernikazarra Historia Taldea. Agradezco a José Ángel Etxaniz quien me ha facilitado esta información.

35. Onaindía, *Hombre de paz*, pp. 238-240.

36. Onaindía a Gomá, 28 de abril, Gomá a Onaindía, 5 de mayo de 1937, Archivo Gomá, *Documentos de la guerra civil 5: Abril-Mayo de 1937,* edición de José Andrés-Gallego y Antón M. Pazos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2003, pp. 282-284, 357; Onaindía, *Hombre de paz*, pp. 253-254.

37. Onaindía, *Hombre de paz*, pp. 250-251.

38. Richthofen, anotaciones de su diario correspondientes al 27 y 30 de abril de 1937, «Spanien-Tagebuch», pp. 106, 109; Maier, *Guernica*, pp. 59-64; Southworth, *Guernica!*, pp. 276-277; Monteath, «Guernica», pp. 90-91, 102-103, n. 48; Viñas, «La responsabilidad», pp. 114-122.

39. María Jesús Cava Mesa, *Memoria colectiva del bombardeo de Gernika*, Bakeaz/Gernika Gogoratuz, Guernica, 1996, pp. 232-243.

40. Nick Rankin, *Telegram from Guernica. The Extraordinary Life of George Steer, War Correspondent,* Faber & Faber, Londres, 2003, pp. 84-85; Clark, War Office, a Roberts, FO, 8 de febrero de 1937, TNA FO 371/21284, W 2902/1/41.

41. Steer, *Gernika*, pp. 12-13, 134-138.

42. Steer, *Gernika*, pp. 234-245.

43. Southworth, *Guernica!*, pp. 181-187.

44. Gijs van Hensbergen, *Guernica. The Biography of a Twentieth-Century Icon,* Bloomsbury, Londres, 2004, p. 45.

45. Martin Minchom, «The truth about Guernica: Picasso and the lying press», *The Volunteer*, 9 March 2012; Herschel B. Chipp, *Picasso's Guernica. History, Transformations, Meanings,* University of California Press, Berkeley, 1988, pp. 58-170.

46. Luis Bolín, *Spain: the Vital Years*, Lippincott, Filadelfia, 1967, pp. 279-280; Robert Sencourt, *Spain's Ordeal. A Documented Survey of Recent Events* Longmans, Green and Co., Londres, 1938, pp. 237-245.

47. *The Times*, 29 de abril de 1937; Steer a Noel-Baker, 29 de abril de 1937, CAC, NBKR, 4x/118; Rankin, *Telegram*, pp. 127, 137.

48. Joseph F. Thorning, *Why the Press Failed on Spain,* International Catholic Truth Society, Nueva York, 1938, pp. 10-11; Southworth, *Guernica!*, p. 442; Rankin, *Telegram*, p. 137.

49. Franklin Reid Gannon, *The British Press and Nazi Germany 1936-1939*: Clarendon Press, Oxford, 1971, pp. 113-116.

50. Rankin, *Telegram*, p. 4.

51. Steer, *Gernika*, p. 250.

52. *ABC* (Sevilla), 4, 5 de mayo de 1937.

53. Southworth, *Guernica!*, pp. 239-325; Monteath, «Guernica», pp. 79-85. En un artículo en *The Guardian*, 27 de mayo de 1991, Brian Crozier negó que Guernica hubiera sido destruido por bombarderos alemanes.

54. Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército popular de la República,* 4 vols., Editora Nacional, Madrid, 1973, II, p. 1390.

55. George Hills, *Franco: The Man and His Nation,* Macmillan, Nueva York, 1967, pp. 277, 293. La afirmación fue totalmente desmontada por Southworth, *Guernica!*, pp. 263-267.

56. Jaime del Burgo, *Conspiración y guerra civil,* Editorial Alfaguara, Madrid, 1970, p. 862.

57. Charles Foltz, Jr., *The Masquerade in Spain,* Houghton Mifflin, Boston, 1948, pp. 54-55.

58. Ambos telegramas en Servicio Histórico Militar, Archivo de la Guerra de Liberación/D.N./A.7 /

L.368/43 citados por Alberto Reig Tapia, «Guernica como símbolo», en Carmelo Garitaonandía y José Luis de la Granja, editores, *La guerra civil en el País Vasco*, Bilbao, 1987, pp. 133-134. Reig Tapia atribuye la respuesta española a Franco. Vicente Talón, *ArdeGuernica*, Editorial San Martín, Madrid, 1970, pp. 112-113, la atribuye a un anónimo teniente coronel del Estado Mayor de Franco.

59. Southworth, *Guernica!*, pp. 301-302, 373-375; Viñas, «La responsabilidad», pp. 122-1335, donde hay una sugerencia que un motivo ulterior del telegrama de Franco era ocultar su complicidad con Sperrle y atribuir la responsabilidad de lo de Guernica a Vigón y Richthofen, inferiores en la cadena de mando.

60. *Palabras del Caudillo 19 abril 1937 – 19 abril 1938,* n.p., 1938, pp. 116, 120, 133; *Palabras del Caudillo 19 abril 1937 – 31 diciembre 1938,* Barcelona, 1939, pp. 137; Francisco Franco, *Textos de doctrina política: palabras y escritos de 1945 a 1950*, s.e., Madrid, 1951, pp. 675, 687.

61. Salas Larrazábal, *La guerra desde el aire*, p. 190.

62. Maier, *Guernica*, pp. 65-66.

63. *Dez anos de política externa (1936-1947) a nação portuguesa e a segunda guerra mundial,* IV, Lisboa, 1965, pp. 333-334.

64. Punto que aún niegan los historiadores franquistas; véase Salas Larrazábal, *Ejército popular*, II, pp. 1390-1392; Martínez Bande, *Vizcaya*, pp. 107-108; Hidalgo Salazar, *La ayuda alemana*, pp. 142-145.

65. Southworth, *Guernica!*, pp. 188-189, 383-384; Steer, *Gernika*, p. 260.

66. Southworth, *Guernica!*, pp. 188-189, 383-384; Steer, *Gernika*, p. 260.

67. Gellhorn a Roosevelt, s.f., 1938, Franklin D. Roosevelt Presidential Library.

68. Noel-Baker a Steer, 6 de marzo de 1937, Noel-Baker Papers, Churchill Archives Centre, Churchill College, Cambridge (CAC), NBKR, 4/2. Se ve que la carta está mal fechada. El contenido indica claramente que fue escrita en mayo a pesar de llevar fecha de marzo.

69. Steer, *Gernika*, pp. 161-168.

70. Leah Manning, *A Life for Education. An Autobiography*, Gollancz, Londres, 1970, p. 125.

71. *The Times*, 5 de mayo de 1937.

72. Noel-Baker a Steer, 29 de abril de 1937, CCA, NBKR, 4/660.

73. Steer, *Gernika*, p. 359.

74. *The Times*, 21 de junio de 1937.

75. Steer, *Gernika*, pp. 372-383; Steer a Noel-Baker, sin fecha, agosto de1937, CCA, NBKR, 4/2. Para un análisis muy crítico del fracaso militar vasco, véase Xuan Cándano, *El pacto de Santoña (1937). La rendición del nacionalismo vasco al fascismo,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2006, capítulo II.

76. *The Times*, 5 de enero de 1945.

77. Steer, *Gernika*, p. 365.

78. Hay una foto de la placa que conmemora el acto reproducida en el libro: Alberto Zarrabeitia Bengoa, *El bombardeo de Gernika: Memoria gráfica*, Gernikazarra Historia Taldea, Gernika-Lumo, 2007, p. 200.

79. Información aportada por José Ángel Etxaniz del colectivo Gernikazarra Historia Taldea.

80. *Le Monde*, 20-21 de septiembre de 1970; Joseba Elosegi, *Quiero morir por algo*, *s. d.,* pero St. Jean de Luz, 1971; Southworth, *Guernica! Guernica!*, pp. 308-309.